



EL CASO DEL LINAJE AMENAZADO

UNA NOVELA POLICÍACA DE MISTERIO Y CRIMEN

RAÚL
GARBANTES

**EL CASO
DEL LINAJE
AMENAZADO**

UNA NOVELA POLICÍACA DE MISTERIO Y CRIMEN

**RAÚL
GARBANTES**

Copyright © 2019 Raúl Garbantes
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing
Lama Jabr y José Higa
Sídney, Australia
www.autopublicamos.com



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de “La Maldición de los Montreal” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic AQUI

<https://autopublicamos.com/rg-novelagratis-1/>

Últimas publicaciones del autor:

Todo Policíaca: Los mejores libros en español de detectives, misterios y crimen



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ
<http://geni.us/WAsvYv>

Todo Thriller: Los mejores libros en español de misterio y suspenso



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ
<http://geni.us/WWIxvB>

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Capítulo 1

Tom Harrison ocupaba el asiento del copiloto y fue Nadine Bannister quien detuvo la patrulla en el lugar de los hechos. Habían venido desde la Brigada de Casos Graves de la ciudad de Boston, y no cabía la menor duda de que este era un caso grave.

—Todos los casos que involucran a ricos parecen ser graves para los jefes —dijo Tom contemplando la magnífica fachada.

Nadine se quitó el cinturón de seguridad y bajó:

—A veces se me da por pensar que eres un clasista, aunque en sentido contrario al habitual. Nadie se merece que lo asesinen.

—No, claro que no —dijo Tom, bajándose también del coche.

Era un mediodía claro en Boston. A la magnífica fachada que la pareja de detectives tenía ahora delante de ellos la cruzaba una cinta amarilla: la misma que indicaba que allí acababa de cometerse un delito, y que el acceso solo se le permitía al personal policial involucrado.

—Algo sí voy a confesar —dijo Nadine—. Nuestro trabajo nos lleva todo el tiempo a entrar a este tipo de mansiones, y yo me pregunto si alguna vez podré vivir en una casa... no sé, la décima parte de grande y lujosa que esas.

—Quédate tranquila, querida compañera —dijo Tom y la miró con un gesto de sarcasmo cómplice—: nunca podrás vivir en un lugar así con tu salario de agente, ni yo tampoco, así que no debes angustiarte.

Nadine sonrió:

—Siempre es bueno contar con un compañero que te dé ánimos cuando los necesitas.

—El placer es mío.

Un agente joven, y de seguro novato, vigilaba la puerta. No los reconoció, y les dijo que estaba prohibido el paso.

Nadine y Tom, comprensivos y risueños, estaban a punto de presentarse y mostrarle sus placas, hasta que una voz familiar surgió a las espaldas del agente:

—Déjalos pasar, ingenuo púber, ¿acaso no sabes quiénes son ellos?

Tom estiró el cogote y alcanzó a distinguir —tras la puerta entreabierta de la

propiedad— la veterana figura de Jason Winthrop, jefe del equipo forense de la Brigada 12 de Boston. Y un viejo conocido, por supuesto, que había trabajado con ellos dos en muchos casos.

El pobre agente, con signos de acné mal curado en la cara, giró la cabeza. Su expresión oscilaba entre la vergüenza y el desconcierto. Jason, acercándose, dijo:

—Ellos son Tom Harrison y Nadine Bannister, los Sherlock Holmes de la Brigada. Son dos Holmes porque aquí no hay Watson.

—Pe... Perdón —consiguió decir el chico.

—No hay problema —dijo Nadine y se metió a la casa. Tom hizo lo propio: no le habló al joven, pero le apoyó una mano consoladora en el hombro.

Jason les estrechó la mano y los tres empezaron a caminar por un angosto pasillo.

—No se entusiasmen por mi exagerada comparación con Sherlock Holmes —dijo el jefe del área forense—; sucede que el muchacho es nuevo y debe aprender. Esta vergüenza le servirá.

—Me alegro de que seas tan pedagógico —comentó Tom.

—Las maestras de hoy en día quizá no aprobarían mis métodos, pero les aseguro que estos agentes salen mejor formados que los alumnos de esas maestras.

Nadine cambió abruptamente de tema y fue directo a lo que los había traído hasta allí:

—¿Ya tienes una causa de la muerte, Jason?

Este contestó en tono profesional, como si de repente cambiara su programación, igual que una máquina cambia entre diferentes modos de trabajo:

—Todo indica que se trata de inhalación de humo. Más allá de que la autopsia nos dará el cien por cien de seguridad, puedo decirles extraoficialmente que ese es el motivo.

—Supongo que aquí hubo un incendio —dijo Tom.

—Aunque debió de ser limitado —agregó Nadine—. Aquí no veo signos de fuego.

—Los dos tienen razón, detectives.

Superado el breve pasillo, apareció ante ellos una enorme sala. Era puro lujo, con cerámicos brillantes de color crema y aspecto carísimo. En un extremo se apreciaba una enorme biblioteca y, alrededor, había estatuas

decorativas que daban la impresión de observar a los visitantes. O, en ese caso, a los agentes que trabajaban en el lugar recogiendo posibles evidencias.

—El incendio abarcó un pequeño sector de la casa —siguió explicando Jason—. Principalmente, una de las piezas destinadas al personal de servicio.

—¿La víctima estaba durmiendo cuando ocurrió? —preguntó Tom—. Porque me resulta extraño que no haya sido capaz de escaparse.

Jason negó con la cabeza:

—Eso es lo interesante. La víctima estaba en el baño. Y sigue estando allí, de hecho, ahora verán el cadáver.

—¿Se trabó la puerta o algo así? —dijo Nadine.

Tom lanzó otra hipótesis:

—O quizá el humo desmayó a la víctima antes de que lograra salir y no había nadie más en la casa para ayudarlo. Aunque esto sería muy poco probable, mucha mala suerte...

—Demasiada. —Nadine mostró un gesto suspicaz.

—Por eso les decía que es interesante. —Jason se rascó la cabeza y arqueó sus gruesas cejas oscuras—. Un asunto típico para ustedes.

—Ya veo por qué nos lo encargó el jefe —dijo Tom.

—¿Ves? —Nadine le dio a su compañero una palmada en la espalda—. No se trata solo de que sean ricos, sino que mueren en condiciones bastante raras.

—Los ricos se pueden dar el lujo de ser excéntricos hasta a la hora de morir, Nadine.

Una vez que pasaron de la sala, el aspecto de la casa cambiaba muchísimo.

—Esta otra parte se ve a medio construir —dijo Nadine.

—Parece que el lugar todavía no estaba terminado —replicó Jason—. Esta familia, por lo poco que sé, es bastante rara... Pero bueno, eso les corresponderá indagarlo a ustedes. Yo apenas soy el hombre que escucha lo que los cadáveres tienen para decir. Mis inertes cuerpos no me mienten nunca, pero a ustedes dos les toca lo más complicado: comunicarse con los vivos.

Nadine pensó que cuando uno se pasaba gran parte del día en una sala de autopsias, como lo hacía Jason, se necesitaba de una gran dosis de humor negro para sobrellevarlo. Aunque el trabajo que realizaban Tom y ella tampoco era un juego de niños.

Al fin llegaron a la puerta del baño. Allí estaba el cuerpo sin vida de aquel a quien habían identificado como Stephen Fairfax. Un hombre rico que amasó su fortuna gracias a diversos negocios y al que siempre se había acusado de

tener actitudes, cuanto menos, extrañas.

De hecho, una de esas acusaciones estaba escrita en los azulejos del baño. Eran letras grises.

—Me estaba guardando la última sorpresa —dijo Jason señalando hacia allí con la mano.

Nadine se acercó:

—¿Está escrito con...?

—Con hollín —completó Tom la frase de su compañera—. Sí, muy apropiado.

Eran dos líneas. Dos simples líneas de texto en letras grises y mayúsculas. Las letras fueron trazadas con aceptable caligrafía, teniendo en cuenta las condiciones. A pesar de que el gris ya se había aclarado mucho, todavía podía leerse con nitidez lo que allí decía, y que evidentemente no fue escrito por el propio señor Fairfax:

AL PADRE PARANOICO SE LO DEVORARON LAS LLAMAS DE SU
PROPIO TERROR

Capítulo 2

—Evidentemente —dijo Tom, no sin cierta sorna—, esto no lo escribió la víctima.

—Eres una luminaria, detective Harrison —replicó Nadine en el mismo tono.

Jason tomó la manija de la puerta del baño y la atrajo unos centímetros hacia sí. Llamó la atención de Tom y Nadine sobre un raro aparato electrónico ubicado sobre la manija. Los detectives se acercaron y observaron que se trataba de una minúscula pantalla led que tenía, debajo, algunos botones.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Nadine—. Parece que la puerta estuviese protegida por una clave, como se muestra en esas películas que retratan al Pentágono o a ciertas bases secretas.

Jason asintió:

—Por ridículo que se te antoje, Nadine, es eso mismo que tú dices.

Tom no logró reprimir una risa.

—¿Me estás diciendo que este tipo, Fairfax, había equipado la puerta del baño con una clave de seguridad?

—Conozco gente muy celosa de esos cuartos íntimos —dijo Nadine, riendo también—, pero esto ya es demasiado.

—Por lo que me contaron —explicó Jason—, Stephen Fairfax era realmente celoso de su seguridad. Vivía obsesionado con la idea de que cualquiera intentaría asesinarlo en cualquier momento, incluso los miembros más cercanos de su familia.

Tom volvió a mirar el cadáver: sentado en el inodoro, con los ojos abiertos apuntando hacia la nada, las mandíbulas caídas y la palidez de la muerte. Resultaba un final patético. Por fortuna, y acaso para ahorrarle una última indignidad o volverlo un poco menos repugnante a vista de los oficiales, alguien le había levantado los pantalones.

—Bueno, visto lo visto —dijo Tom—, no andaba tan errado...

—Ya nos tocará averiguar —dijo Nadine— qué tan fundados eran sus temores, más allá de que los resultados, como acaba de decir Tom, están a la vista. Seguramente Fairfax tenía varios enemigos, y era consciente de eso.

—Todo indica que el tipo estaba construyendo una fortaleza. —Jason volvió a abrir la puerta del todo, y movió la mano como si intentara alejar el hedor mortuorio del ambiente—. Dicen las malas lenguas que vivía en el ático, y que lo estaba diseñando como a una especie de fortaleza. Me recordó a la época del temor nuclear y a los refugios subterráneos que la gente mandaba a construir.

Nadine intervino:

—Salvo que este se hallaba en la parte de arriba de la casa, y no abajo.

Tom asintió. Miró de nuevo la inscripción en los azulejos de la pared y dijo:

—Quien sea que lo haya asesinado, no se equivocaba al tildarlo de paranoico.

—Yo le aseguro que no se equivocaba.

La voz que acababa de hablar no pertenecía a Jason ni a Nadine, sino que había surgido a espaldas de Tom. Los dos detectives y el forense se dieron la vuelta para enfrentar a quien hizo ese comentario.

Apareció ante ellos un hombre de mediana altura y poco más de treinta años. Usaba un delantal blanco, ahora un poco sucio de gris, sin duda por el polvo y los restos de humo que persistían en el ambiente.

—¿Usted quién es? —preguntó Tom. No le gustaba la idea de un sujeto que lo estuviese oyendo sin que él se enterara, y que se metiese sin permiso en sus conversaciones con otros.

—Disculpe, señor, Mi nombre es Sergio Ginza, y soy... O fui, mejor dicho, el asistente personal del señor Fairfax. Y lo fui durante muchos años.

—¡Asistente personal! —Nadine no pudo contener la exclamación—. Ese hombre estaba cubierto por todos los flancos.

—Aunque ni así fue suficiente —afirmó Jason, señalando al cadáver con la cabeza.

Sergio Ginza apenas esbozó una sonrisa. Tom creyó percibir en esa reticencia no tanto un rechazo por el humor negro de Jason, sino cierto respeto por su jefe. Aunque quizá no se tratase de respeto, sino de la costumbre a la sumisión que se le había metido en los huesos durante sus años de servicio; no sería la primera vez que el detective Harrison se cruzaba con un empleado que parecía seguir bajo el yugo de su patrón aun cuando este ya se había muerto.

—Señor Ginza —dijo Nadine acercándose al asistente y extendiéndole la mano—, mi nombre es Nadine Bannister. El señor de los chistes de mal gusto es Jason Winthrop, jefe del equipo forense de la Brigada 12 de Boston. —

Jason sonrió ante la presentación de Nadine y saludó a Ginza con un movimiento de cabeza. Nadine señaló a Tom —: Y este es mi compañero, Tom Harrison.

—Un gusto —dijo Ginza.

—Bien, ahora que somos todos amigos —siguió diciendo Nadine—, me gustaría, señor Ginza, que nos iluminara un poco acerca de la víctima.

—Podría empezar —intervino Tom— explicándonos por qué se le ocurriría poner una clave de seguridad en el baño de su casa.

—Ya lo explicaron todo ustedes antes —contestó el asistente—. Esto no estaba pensado para ser una casa, sino una fortaleza, un búnker, un refugio contra bombas imaginarias, o como ustedes quieran llamarlo. Y lo de la clave era parte de la paranoia del señor Fairfax: tanto miedo tenía él a que lo mataran que llegó a hacerme analizar la comida que le cocinaba el personal de servicio o la que pedía a domicilio.

—¿Y usted cómo la analizaba? —preguntó Tom. No tanto porque el dato fuera importante, sino que le daba curiosidad.

—Muy superficialmente, por supuesto —respondió Ginza—. Yo soy un asistente, no un bioquímico. Y aunque lo fuera, no hubiese tenido aquí un laboratorio ni el equipamiento para buscar venenos en la comida, aunque el señor Fairfax tenía pensado instalar algo así en el futuro. Yo le dije que no podía analizar la comida, así que simplemente probaba un bocado antes que él. Y el señor me agradecía que yo estuviese arriesgando la vida de ese modo, y solo para protegerlo. Y yo, confieso que con cierta ironía que él no acababa de advertir, le replicaba que mi deber de asistente personal consistía, entre otras cosas, en cuidar su salud y prevenir cualquier enfermedad, natural o inducida.

—Un completo loco el tal Fairfax —dijo Jason por lo bajo.

—¿Fairfax le pagaba bien? —volvió a preguntar Tom.

—Muy bien. La verdad, no puedo quejarme.

—Supongo —dijo Nadine— que su muerte será una mala noticia para usted, cuando menos respecto a lo económico.

—No solo por eso —se apresuró a aclarar Ginza—. Le tenía estima al señor, más allá de sus excentricidades. Creo que su exceso de precauciones, por llamarlo así, fue lo que lo llevó a ser asesinado. A veces, el intento de evitar la tragedia es lo que nos conduce a ella. Como a Edipo, ¿no?

«Un asistente con pretensiones filosóficas», se dijo Nadine.

—Yo quisiera saber a qué oráculo habrá consultado el señor Fairfax —dijo Tom, demostrándole al asistente que podía continuar con su referencia.

—No soy capaz de asegurarlo —dijo Ginza—, pero creo que al oráculo dentro de su cabeza.

—¿A qué se refiere?

—A que nadie le metió en la cabeza que lo querían matar, esas eran puras ideas tuyas. Quizá todo hombre con dinero tiende a suponer que lo asesinarán tarde o temprano, y el señor Fairfax, solo, llevó ese pensamiento común al límite.

—Pero hay un hecho que estamos pasando por alto —dijo Nadine.

Tom giró para mirarla.

—¿Qué hecho, Nadine?

—Estamos pasando por alto que a este hombre, paranoico o no, «realmente» lo mataron.

Capítulo 3

«Que yo sea paranoico no quiere decir que no me estén persiguiendo».

Esa frase la había oído Tom en alguna película de Woody Allen —no recordaba en cuál—. En esa frase pensaba mientras subía al ático junto con Nadine (Jason se había quedado abajo, terminando de supervisar las pericias correspondientes). Tom y Nadine le habían pedido al asistente, Ginza, que los acompañara, ya que deseaban formularle algunas preguntas más.

El ático se veía desnudo. Lo único que indicaba la presencia de vida humana allí eran un par de sillas y un escritorio, sobre el que había algunos papeles, cinta adhesiva, una máquina engrapadora y un par de lapiceros mordidos.

—La otra silla la tenía por si se le rompía la que solía usar —dijo el asistente—. No se crean que el señor Fairfax invitaba a mucha gente aquí.

—¿Hay algún sustento médico respecto a su paranoia? —preguntó Nadine—. Quiero decir, ¿algún profesional lo ha diagnosticado?

—Se imaginarán —siguió explicando Ginza— que el señor Fairfax no era una de esas personas encantadas con la idea de visitar a un psicólogo y contarle su vida entera.

Tom asintió:

—Alguien que desconfía de su propia familia, mal se dispondrá a contarle intimidades a un extraño.

—En efecto, detective, eso sucedía. —Ginza se acercó al escritorio, lo miraba con la cabeza gacha, y por un momento Nadine percibió en sus ojos cierto destello de melancolía—. Sin embargo, su hijo logró convencerlo de visitar a un psiquiatra. Por supuesto, no le dijo que se trataba de constatar su paranoia, le inventó no sé qué cuento sobre una entrevista para comprobar qué tan buenas eran sus facultades mentales a su edad... En fin, una mentira completamente inverosímil. Pero el viejo se la creyó.

—Quizá por ego —dijo Nadine—. Por lo poco que sé de Fairfax hasta ahora, y dejando aparte sus delirios persecutorios, dudo de que haya sido un hombre ingenuo o poco inteligente.

—Yo creo lo mismo que usted —dijo Ginza. Ahora el asistente jugaba con

los lapiceros, los acariciaba con la yema de los dedos, como se acaricia a una vieja y frágil mascota—. El señor había amasado una fortuna, y ningún hombre consigue algo así portándose como un tonto. Y también tenía su cuota de egolatría.

—Sus ideas de persecución sin duda se relacionaban con esa egolatría —dijo Tom, recordando sus clases de psicología y criminalística. No en vano el detective Harrison era un experto en trazar perfiles de sospechosos y víctimas—. Dentro de la locura, es lógico: quien se considera tan importante y grandioso, y se trata a sí mismo casi como un dios, debe de creerse también el centro del mundo.

—Y, por ende —dijo Nadine—, todos estarán conspirando contra él las veinticuatro horas.

—Exacto, el señor Fairfax se veía a sí mismo como un rey al que le querían quitar el trono. Lástima que terminó muriendo en otro tipo de trono... Uno con muy poca majestad.

Nadine sonrió, apenas. Ginza seguía mirando el escritorio. Tom se dijo que él acaso estaba evocando antiguos recuerdos de su jefe; el asistente parecía haberse retirado de la habitación, aunque su cuerpo siguiera allí.

—Señor Ginza —dijo Nadine en voz alta para despertarlo del ensueño (ella también lo había notado).

El asistente giró la cabeza. Nadine volvió a hablar:

—Por favor, como allegado a la familia, cuéntenos algo sobre el hijo del señor Fairfax y la relación entre ellos dos.

—Sí, Francis Fairfax... —Ginza dejó a su mirada perderse en un horizonte invisible: daba la impresión de que no estaba pensando en hechos recientes, sino en un evento ocurrido cientos de años atrás—. Francis Fairfax trató infinidad de veces de convencer a su padre de que se mudara a la casa de campo. Pero él no quería oír hablar de eso, y Francis también se hartó de insistir.

—¿Casa de campo? —preguntó Tom.

—Sí, una de las tantas propiedades que el señor tenía distribuidas por el país, sin contar algunas residencias vacacionales en el extranjero.

Nadine reflexionó sobre la ironía de que un hombre tan acaudalado y poseedor de tantas propiedades terminara encerrándose en un ático, e incluso en un lugar tan minúsculo y rústico como un baño a medio construir. La locura —ella lo comprobaba día a día en su trabajo— era una fuerza capaz de

destruirlo todo. No importaba cuánta inteligencia o recursos tuviese un ser humano: si la mente lo traicionaba, estaba perdido.

Tom le hizo otra pregunta al asistente.

—¿Y cómo era, en general, esa relación entre padre e hijo?

El asistente vaciló antes de contestar.

—Ha cambiado con el tiempo, como muchas veces pasa. Francis hizo su propio camino y su propia fortuna, y en el fondo siempre guardó respeto por su padre, cuya posición obviamente le dio, en su momento, posibilidades de progreso mayores a los de otros jóvenes.

—Pero después... —intervino Nadine, imaginándose lo que venía a continuación.

—Después —confirmó Ginza— las cosas se pusieron más tensas. Nunca llegaron al odio, al menos no hasta donde yo sé y percibí. Pero la paranoia de Fairfax padre fue en aumento, y la idea de construirse esta especie de fortaleza terminó por romper la relación. Francis se dio por vencido y abandonó a su padre a su suerte, más allá de que lo llamase cada tanto. Se resignó, y de la tensión pasaron a la indiferencia. O casi, porque un hijo nunca abandona a un padre del todo.

Nadine miró a Tom.

—Debemos hablar con él —le dijo.

Tom asintió.

—También debemos hablar con la señora Fairfax.

Una pequeña sonrisa, que Tom juzgó involuntaria, apareció en el rostro de Ginza.

Tom le preguntó en tono amable:

—¿Qué le hizo gracia de mi comentario?

—Nada —respondió el asistente—. Es solo que... Bueno, ya la conocerán. Es una mujer con bastante carácter, por así decirlo. Una persona muy especial.

—Creo que lo normal en esta familia —dijo Nadine— es poseer una personalidad muy especial.

Ginza volvió a sonreír, esta vez abiertamente.

—Usted no lo pudo haber dicho mejor, señorita.

—Gracias por su colaboración —le dijo Tom al asistente. Y, junto con Nadine, regresó a la planta baja, donde de un momento a otro retirarían el cadáver de Stephen Fairfax.

Capítulo 4

—Señora Adeline Fairfax —dijo Tom leyendo el papel impreso que llevaba en la mano, sentado en la silla de la comisaría y con el codo sobre el escritorio. Nadine lo escuchaba mientras preparaba café para los dos—. Treinta y siete años. Bastante joven en comparación a su marido recientemente fallecido, ¿verdad?

—Los milagros del amor —dijo Nadine con una media sonrisa en la boca.

—Es cierto, el amor al dinero hace milagros.

Ya con dos tazas de café, una en cada mano, Nadine se acercó al escritorio. Dejó las tazas en la mesa.

—Cuéntame más —le dijo a su compañero—. Debe de haber mucho más de ella en la base de datos.

—Claro que sí, solo quería poner un poco de suspenso. Lo de la base de datos no es muy interesante: tercera de cuatro hijos de padres ahora divorciados, clase media, nacida en Oregón y blablablá. De momento, nada que nos pueda entusiasmar.

—Entonces...

—Entonces, tenemos la información que consiguieron los muchachos de esta comisaría, que para algo se les paga. Según parece, Adeline fue una adolescente rebelde...

—La expresión «adolescente rebelde» es casi redundante, Tom.

—Sí, lo sé, pero ella hizo algo más que proclamar su rebeldía a los cuatro vientos: se fue de su casa poco después de cumplir los dieciocho. Pasó por varias ciudades. No sabemos muy bien cómo se las arregló para vivir durante esos primeros años. Quizá trabajó como niñera, igual que tantas otras jóvenes americanas. O, si somos prejuiciosos, y teniendo en cuenta que Adeline nunca había tenido estudios universitarios ni había mostrado grandes dotes intelectuales, pero a cambio de eso el Señor la había dotado de una gran belleza...

—Entiendo el punto —dijo Nadine, soplando su taza humeante—. Igual, eso es pura especulación. Y aun de ser cierto que se dedicó al oficio más viejo del mundo, eso no la convierte en una asesina.

—Claro que no. En fin, continuo: tras esos años en que no sabemos de qué manera sobrevivió, comenzó una aparente pasión por el cine.

—¿Quería ser actriz?

—Sí. ¿Y adivina a dónde se mudó?

—A Los Ángeles, por supuesto.

—Exacto. Las adolescentes americanas siempre trabajan de niñeras o meseras al mismo tiempo que sueñan con los reflectores de Hollywood. Una pena que a Adeline le sucedió lo que le sucede a la mayoría.

—No recuerdo haber visto su nombre en ninguna cartelera, así que asumo que el plan no le resultó.

—Asumes bien. —Tom dio un trago a su café—. Sin embargo, Adeline seguía teniendo su belleza. Y, esto es pura especulación de mi parte, debe de haber optado por el plan B.

—Casarse con un millonario.

—Exactamente. Me imagino su repulsa interior cada vez que debió someterse a un encuentro sexual con el anciano Stephen Fairfax. Pero es el precio por un retiro anticipado y glamoroso.

—¿Piensas que ella pudo haberlo hecho, Tom?

—Todo es posible. Aunque sería demasiado cliché: la mujer joven y trepadora asesinando a su decrepito marido. Además, dado el estado en que se encontraba el viejo, creo que ya ni siquiera debía de prestarle atención.

—Es verdad, por algo se estaba construyendo una fortaleza antiparanoia.

—Nosotros acabamos de estar en ese lugar, y no daba la impresión de estarlo construyendo con la intención de compartirlo. Iba a quedarse allí solo, como un ogro lleno de dinero.

—¿Y qué opinas del hijo?

Tom lo meditó unos instantes antes de responder.

—No sé. ¿Tú qué opinas?

—No veo un móvil claro. El hijo tenía su propia fortuna.

—Estoy de acuerdo.

Nadine se puso de pie. Con las manos en la cintura, estiró su espalda.

—Creo que estas especulaciones a priori no nos llevarán a nada. Quizá tengamos algo una vez hablemos con cada uno de ellos. Tus habilidades para leer el comportamiento serán cruciales, Tom.

—Empecemos por la actriz frustrada. Me da curiosidad conocer a Adeline, la joven y venerable viuda del señor Fairfax. Hoy ya se nos hizo un poco

tarde, pero la llamaremos e iremos mañana por la mañana.

Capítulo 5

Mientras se acercaban a la suntuosa mansión donde la viuda de Stephen Fairfax padecía su duelo, Tom —al que le había tocado manejar el coche— no pudo contenerse y señaló la ironía:

—¿Puedes creerlo, Nadine? La actriz sin éxito pasa sus días en esta imponente casa que puede distinguirse desde China. Y encontramos al hombre que amasó una fortuna muerto en el baño de una rústica fortaleza a medio construir.

—Al menos, el aparato de seguridad que codificaba el baño ya estaba construido del todo.

—Lo que nos dice bastante sobre las prioridades del difunto Fairfax, y lo poco seguros que pueden llegar a ser los códigos de seguridad ante ciertas situaciones.

Nadine y Tom detuvieron el coche, se bajaron, y caminaron hasta la puerta de la casa de Adeline.

Tocaron el timbre. El ojo de una cámara de seguridad los vigilaba desde arriba de la puerta.

Esperaron durante más o menos un minuto, hasta que la puerta se abrió. No era Adeline la que estaba detrás de ella, sino un hombre joven, rubio y de pelo largo. Era atractivo, con un cuerpo trabajado que se dejaba ver en una ceñida camisa sin mangas empapada en sudor. El joven dijo que era el jardinero —al parecer, cumpliendo circunstancialmente funciones de empleado doméstico—. Sin embargo, fue la palabra «amante» la que resonó, al mismo tiempo, en las mentes de Tom y de Nadine.

Ellos se presentaron, le dijeron que habían arreglado la cita el día anterior y le mostraron sus identificaciones de detectives.

Nadine pensó que acaso el joven ejerciese de amante, además de jardinero. En el caso de una mujer rica y casada por interés, aquellas no eran funciones excluyentes, sino más bien complementarias.

Como fuera, el jardinero y probable amante los hizo pasar.

—La señora Fairfax los está esperando y los atenderá en un momento —dijo.

«La señora Fairfax». Visto lo visto, pensó Tom, la expresión sonaba a broma de mal gusto.

Una vez más, Tom y Nadine se encontraban en una casa suntuosa, que no podrían comprarse ni sumando los sueldos de toda su carrera policial. Nadine supuso que solo en el baño debía de haber más espacio y más lujo que en su apartamento.

Pero no los hicieron esperar en el baño, sino en la sala de estar. Nadine miró hacia abajo: creyó que, si quisiera, podría usar el reflejo de esas cerámicas para corregirse el maquillaje.

—La señora ya viene —dijo el joven. Se excusó diciendo que él debía continuar con su trabajo, y se retiró.

—Esperemos que con lo de su trabajo se refiera a cortar el césped o algo así —le dijo en voz baja Tom a Nadine cuando se quedaron solos y sentados en un sillón para dos—. Si se refiere a algún otro servicio, dudo que la señora Fairfax pueda atendernos hasta pasado un buen rato.

Nadine sonrió. Esperaron en silencio. Desde el techo los vigilaba una araña enorme, con sus mil ojos de lámparas fulgurantes. Un detalle clásico, discordante con una casa de estilo más contemporáneo.

«Aunque la mona se vista de seda...», se dijo Nadine, pensando en el mal gusto de la viuda de Fairfax. Seguro que ella, y no su marido, se habría encargado de ciertos elementos de la decoración. Quizá de joven soñaba con vivir en una casa que tuviese un techo alto y una araña así de imponente, y una vez que —a falta de una carrera exitosa como actriz— se agenció el cariño de un millonario, no dudó en darse aquel gusto, combinara o no la lámpara con el resto de la ornamentación.

Unos tacones empezaron a resonar contra la cerámica, y el ruido cada vez se oía más cercano a los detectives.

Y al fin apareció ante ellos, en toda su gloria, la flamante viuda de Fairfax.

—Disculpen que los haya hecho esperar —dijo y se pasó la mano por su larga cabellera rubia—. Tenía cosas importantísimas que hacer.

Lo último lo había dicho con ironía indudable. Tom y Nadine se pusieron de pie para estrecharle la mano. Tom debía de admitir que era una mujer bella, que al parecer no se había dejado arrebatar por el tiempo la belleza de su juventud, aun cuando esa belleza ya había cumplido con su objetivo. Sin embargo, en las delicadas facciones de su cara vio algo... algo que solo se le ocurrió calificar de «gastado». Y esa sensación no la generaba el probable

bótox que se había aplicado en las mejillas —si en verdad se trataba de bótox, su cirujano sí tenía el suficiente buen gusto como para utilizar esa sustancia con moderación—. Pero no, era algo más. A Tom se le ocurrió la cursilería de que lo gastada debía de ser el alma de Adeline, como sucedía con Dorian Gray en la famosa novela de Oscar Wilde. Las miserias y los cansancios del espíritu, tarde o temprano, terminan impactando en el aspecto físico de las personas. Tom había examinado los rostros de innumerables criminales, de hombres y de mujeres en cuya consciencia —todos la tienen, aunque más no sea en una ínfima medida— pesaban acciones atroces. Por supuesto que el rostro de Adeline no confesaba ningún crimen, y hacía mucho que nadie juzgaba a nadie por su aspecto: Lombroso dejó de influir en la criminalística hacía muchos años ya. Lo que le pesaba a Adeline, la fealdad que su belleza recubría, bien podría venir de otro lugar; acaso de la consciencia de haber ejercido una forma apenas velada de prostitución, encubierta a su vez por el «bótox moral» que implicaba un matrimonio. Pero nadie, por cínico que fuera, podía salir moralmente indemne al acostarse todas las noches con alguien a quien solo ve como una máquina de proveer dinero.

Y, ahora, la máquina se había roto. Aunque, a esas alturas, la viuda de Fairfax debía de tener asegurada su posición, y aquello ya no le preocuparía demasiado.

—Les ofrecería café —dijo Adeline—, pero el mayordomo se tomó el día libre y yo soy incapaz de preparar brebaje alguno. Creo que necesitaría un GPS para encontrar la cocina. Recién intenté servirle la comida a mi gato, y termino quebrándome una uña. Eso provocó mi retraso para atenderlos, una emergencia de manicura. Para esas cosas sí sirvo: para maquillarme, para probarme ropa, para probarme pestañas o coches deportivos o incluso para probarme hombres. —Miró a Nadine con gesto cómplice—. Una debe saber cómo le queda un hombre antes de comprarlo, ¿no? —Nadine sonrió, en parte por compromiso, en parte porque no se podía negar que el descaro de la viuda causaba cierta simpatía. Una simpatía mezclada con repugnancia, pero simpatía al fin—. Bueno, les decía que para ese tipo de cosas sí poseo habilidad, pero no me sucede lo mismo con el resto de las actividades de la vida; soy tan inútil como un adorno.

Lo que en realidad ella quería decir, pensó Tom, era algo así como «Soy tan “hermosa” como un adorno, y por eso no necesito ser útil. Son los otros los que hacen las cosas por mí».

—No se preocupe. Señora Fairfax —dijo Tom—, creo que hubiésemos podido soportar la visión de su uña rota.

Adeline lanzó una risa, tan sonora y descarada como parecía ser todo lo que provenía de ella.

—Hubiese sido yo la incapaz de soportar algo así, detective...

—Harrison, Tom Harrison.

—Bueno, Tom, hubiese sido yo la incapaz de soportar la afrenta de una uña rota.

Un poco harta de ese show, Nadine redirigió la charla:

—¿Y cómo lleva lo de su marido, señora Fairfax? Hecho que lamentamos, dicho sea de paso.

—No veo las razones para lamentarse. —Adeline seguía de pie, y se paseaba por la casa como si fuese una versión pervertida de Julie Andrews cantando en la pradera durante aquella escena de *The Sound of Music*. Se acercó a la enorme chimenea que, ahora apagada, cumplía su presumible función principal: la de decorar el salón. De hecho, Tom se preguntó si existiría algún elemento en la vida de esa mujer que no se limitara a una función decorativa. La no muy afligida viuda tomó un paquete de cigarrillos de la parte superior del cuadrado de mármol que enmarcaba la chimenea. Se encendió uno y lo extendió, ofreciéndole a Tom y a Nadine, que negaron con la cabeza. Después, Adeline siguió hablando—: Stephen era un hombre viejo, muy viejo ya. Y no me refiero simplemente a su edad cronológica, la que consta en su documento, sino a la decadencia que arrastraba. No es ningún secreto que, si bien su físico se mantenía en condiciones aceptables, o al menos en las penosas condiciones esperables en cualquier anciano, su mente había enloquecido. Un pobre hombre acabado.

—Apreciamos su sinceridad, señora Fairfax —le dijo Tom a Adeline, y él también estaba siendo sincero al decirlo; por chocante que resultara, prefería aquel descaro a una tristeza falsa y políticamente correcta—. Perdón por la pregunta, pero... ¿a usted la alegra haberse... digamos, sacado de encima a su marido? Por el modo en que se refiere a él, supongo que lo consideraría un lastre.

Antes de contestar, la viuda dio una teatral y prolongada pitada a su cigarrillo, sin dejar de mirar a Tom como quien mira desde arriba. El detective pensó que, conscientemente o no, ella debió de quedarse de pie para observarlos desde un plano de superioridad, como si proyectara su mirada

desde un escenario.

—¿Se refiere a si lo asesiné porque no lo soportaba? —Una vez más, Adeline subía la apuesta: lejos de rehuir los temas difíciles y las incomodidades implícitas en cada pregunta, las remarcaba y las acrecentaba. Al contrario que la gran mayoría de los sospechosos, ella no se hacía la desentendida, sino que huía hacia adelante—. De ninguna manera. —Dejó salir una breve y artificiosa risa—. ¿Para qué sacarme de encima, como dice usted, a mi principal pasatiempo? Él era el perfecto viejo rico, porque no solo me complacía todos los gustos y oficiaba de tarjeta de crédito humana, sino que ya ni le importaba lo que yo hiciera ni con quién lo hiciera. Para colmo, ya no me pedía lo que lo había atraído de mí en un principio, cuando decidimos embarcarnos en esta sociedad comercial a la que por comodidad llamábamos matrimonio. Ya no necesitaba ni deseaba mi compañía, por lo que yo no debía cumplir mi parte del trato y someterme a ciertos sacrificios que me causaban dolor de estómago. No sé si me explico...

—Se explica a la perfección, señora Fairfax —dijo Nadine. Esos detalles no solo le parecían irrelevantes para el caso, sino que no tenía demasiadas ganas de conocer la intimidad de esa pareja, si se le podía llamar así.

—El desinterés del viejo por esos «servicios» era general —siguió diciendo Adeline—. Quiero decir, que ya no los requería de mí ni de nadie más, lo que me ahorró la humillación que muchas mujeres en posición semejante a la mía a menudo deben soportar: la de saber que su asociado a comenzado a establecer sociedades breves, aunque intensas, con mujeres más jóvenes. Ustedes saben, modelos nuevos de una misma línea de productos.

Nadine volvió a hablar:

—Por cómo se expresa usted, Adeline, me resulta difícil imaginármela molesta ante una infidelidad de su esposo.

—No se confunda, detective, la infidelidad me hubiese importado muy poco. El problema de ese tipo particular de infidelidades, la del hombre rico que alquila modelos nuevos de mujeres, es que le recuerdan a una que ya es un modelo anticuado. Vanidad, vanidad...

Tom pensó que, a su manera, ese era un comentario profundo, y revelaba por parte de Adeline una consciencia de sí misma a la que solo acceden las personas con una cierta capacidad intelectual. Había astucia y reflexión en la aparente frivolidad de esa dama, que se alejaba bastante del estereotipo de la mujer linda y tonta, aunque jugara a encarnarlo.

—La verdad, detectives —siguió diciendo la viuda, modificando apenas la ligereza de su tono—, es que extrañaré a Stephen. No lo extrañaré de la misma manera en que las abnegadas amas de casa de los años cincuenta extrañaban a sus maridos que no volvían de la guerra, por supuesto que no. Pero lo extrañaré a mi modo. El mío era un matrimonio perfecto, basado en la más pura racionalidad. Nosotros sabíamos lo que cada uno quería del otro y gozábamos de una libertad casi absoluta, sin reproches ni malentendidos. ¿Cuántas parejas conocen que puedan jactarse de unas condiciones así? Los vínculos humanos siempre terminan en desgracia, y eso sucede porque uno espera demasiado de ellos. Uno debe esperar poco. O, mejor dicho, no esperar absolutamente nada. Toda relación, desde la más elemental hasta la supuestamente más íntima, debería estar regulada por un contrato. Así la vida sería más fácil.

Ni Tom ni Nadine deseaban enredarse en una discusión filosófica, así que la dejaron hablar. Después, para volver a encauzar la charla, Tom formuló otra de las preguntas típicas de cualquier interrogatorio:

—¿Qué enemigos, según sabía usted, podía tener el señor Fairfax? ¿Existía alguien que lo odiara tanto como para asesinarlo?

Por primera vez, Adeline pareció tomarse una pregunta en serio, y se puso a pensar antes de responder.

—No creo que alguien lo odiara hasta ese punto —dijo al fin—. Con su hijo tenía problemas, cierto, pero los que se dan en cualquier relación familiar. Sus competidores comerciales ya no tenían motivo alguno para preocuparse por él ni intentar sacarlo del juego. Ustedes sabrán que en el mundo de las empresas los rumores corren muy rápido, y todo el mundo sabía ya que al pobre Stephen no solo le faltaban algunos tornillos, sino que se le estaba cayendo abajo la estantería completa. Y yo, por supuesto, no lo odiaba.

—¿Nunca lo odió? —se le ocurrió preguntar a Nadine.

—Bueno, usted tendrá o habrá tenido parejas, y sabe que quienes se aman, también suelen odiarse de tanto en tanto. Pero sacando esos... digamos, ataques de emoción violenta, nunca experimenté verdadero odio hacia Stephen. A lo sumo, le tenía cierto desprecio a veces. Y en los últimos tiempos ya no sentía por él otra cosa que lástima. —Adeline se había puesto definitivamente seria, al borde de la melancolía—. Sienta una lo que sienta por él, siempre es algo penoso ver cómo un hombre que ha conseguido edificar un modesto imperio casi de la nada termina... En fin, ustedes ya saben

cómo terminó: asfixiado y sentado en el inodoro. Qué lamentable.

Adeline acababa de tirar su primer cigarrillo, y estaba encendiendo el segundo.

Tom se puso de pie y le extendió la mano a la viuda:

—Le agradecemos su tiempo, señora Adeline.

—Ahora soy señorita, o viuda —dijo ella, intentando volver a su sarcasmo característico y estrechando la mano de Tom. Nadine también se puso de pie y la saludó.

El dúo de detectives salió de la casa.

Capítulo 6

—¿Qué opinas? —le preguntó Tom a Nadine una vez que estuvieron afuera.

—Una viuda simpática. —Ella miró a su compañero con un gesto de ironía cómplice.

—Y hemos visto que tiene la costumbre de decir las cosas con bastante sinceridad.

—Por no decir con descaro.

Tom se llevó el pulgar y el índice al mentón.

Nadine le dijo:

—Cuando pones las manos en posición de pensador, y arrugas así la frente, es que algo no te cuadra en todo este asunto.

—Estás en lo cierto, Nadine, no me convence la actitud de esta mujer, incluso si es parte de su personalidad.

Subieron a la patrulla. Se pusieron los cinturones de seguridad y decidieron que Tom seguiría manejando. Nadine fue quien retomó la conversación acerca de Adeline:

—Cada quien se toma la muerte como puede, Tom, tú lo sabes mejor que yo. Quizá el sarcasmo es el único modo que Adeline encuentra a la hora de lidiar con la desaparición de su marido. Más allá de los rasgos tan convenientes y cínicos del matrimonio entre ellos, ella misma terminó dándonos a entender, al final y casi sin querer hacerlo, que había desarrollado cierto afecto por Fairfax. En algún lugar de sí debió de dolerle lo sucedido.

Tom miraba hacia el frente: no solo parecía prestar atención a los coches y semáforos de la calle, sino a algún horizonte lejano. Era una mirada, se dijo Nadine, casi filosófica.

Y Tom le respondió, justamente, con una reflexión de esa naturaleza.

—No se necesita ser muy sagaz para entender que las mujeres como Adeline, que han explotado su belleza como medio de vida, viven obsesionadas por el paso del tiempo. ¿Sabes, Nadine, qué es lo más duro de asistir a un velatorio o perder a alguien cercano? Sucede que el dolor es doble. La primera capa de dolor es la más evidente, la de sufrir la pérdida de aquel ser humano que ayer estaba y hoy ya no está, que ha desaparecido de

repente. La segunda capa de dolor es la que corre por debajo, la más profunda y más inconfesable: los velatorios nos recuerdan que no somos eternos, que nosotros también vamos a morir. —Tom lanzó un leve suspiro, como si a él mismo le costara asimilar lo que estaba diciendo—. Vivimos en una época que intenta negar la muerte. En la Edad Media, la gente establecía con la muerte una relación... natural, digamos.

Nadine asintió.

—Algunas ejecuciones eran un entretenimiento para toda la familia, igual que hoy ir al parque.

—Sí, no estoy diciendo que aquello estuviera bien ni que estuviera mal. Simplemente sucedía así. La vida era breve y peligrosa. Se concebían muchos hijos y los padres sabían que, muy probablemente, alguno se les moriría antes que ellos.

—Ahora, en cambio, escondemos los cuerpos en cajones. Y los maquillamos para hacernos la ilusión de que lucen igual o incluso mejor que cuando vivían. Uno puede pensar que no ha pasado nada, que apenas están durmiendo, que se trata de otra noche de sueño, como tantas otras, o de una pequeña siesta.

—Exacto.

Hubo un silencio, que no sin ironía alguien podría haber calificado de fúnebre. Nadine fue quien volvió a hablar:

—Pero, Tom, nos hemos desviado del tema. ¿Qué es lo que te lleva a desconfiar de la viuda? Porque intuyo que es eso: no le crees del todo.

—Nadine, quizá recuerdes un caso ocurrido hace unos veinte o veinticinco años. El de la escritora de best sellers policiales. Se llamaba... Susan no sé qué, no recuerdo su apellido.

—Sí, sí, yo tampoco recuerdo su nombre, pero me acuerdo del caso. Fue toda una revolución mediática, los buitres de la prensa se dieron un festín durante meses. En especial los de la televisión, que lo transmitieron como si se tratara de un folletín de suspenso. Yo era muy chica, mi padre me lo contó en detalle.

—Sabrás entonces que todo empezó con un asesino en serie. Y sabrás que, en principio, esta tal Susan se vio implicada porque los crímenes parecían replicar los de su última novela, que justamente contaba la historia ficticia de un asesino en serie.

Nadine asintió con la cabeza.

—Y también sabrás —siguió diciendo Tom, en un tono algo didáctico por el que Nadine había aprendido con el tiempo a no molestarse, ya que no se trataba de condescendencia, sino de una tendencia natural de su compañero— que cuando la policía se entrevistó con esta Susan, ella dijo que sería muy tonto escribir un libro detallando una cierta cantidad de crímenes atroces y después replicarlos uno a uno, y en el mismo orden que en la ficción, ya que aquello equivaldría a incriminarse ella misma y entregarle a las autoridades una pista que de otro modo les hubiese costado mucho conseguir.

—Sí, me acuerdo. Pero al final resultó que la escritora sí había sido la autora, además del libro, de los crímenes de la vida real.

—Exacto.

—Nunca entendí del todo la manera en la que se manejó...

—Bueno, en primer lugar, está el ingrediente narcisista de todo psicópata: a la mayoría terminan atrapándolos por esa necesidad de revelar al mundo que ellos son los autores de los crímenes, a los que en su mente enferma consideran como obras de arte. Esa necesidad termina imponiéndose a la de ocultarse de la ley, y así, consciente o inconscientemente, estos monstruos humanos terminan entregándose. Aunque, por desgracia, siempre lo hacen después de haberse cobrado una ingente cantidad de vidas, personas que nunca regresarán.

—Sí, entiendo. Eso en primer lugar. Y en segundo lugar...

—En segundo lugar, tenemos cierta tendencia... lúdica, por así decirlo, del psicópata. Además de que, precisamente por su característica ególatra, tiende a subestimar toda inteligencia que no sea la suya.

—Así que esta Susan creyó que era el gesto de implicarse a sí misma el que, paradójicamente, le serviría de coartada.

—Mejor no lo puedes haber dicho, Nadine. El argumento de Susan se cayó a pedazos cuando un buen criminalista experto en psicópatas, del que ahora tampoco recuerdo el nombre, entendió que las acciones de esta gente no debían considerarse solo desde la esfera racional, como sí cabe hacer con la de los ladrones o estafadores, o quienes matan sin más motor que el dinero o un beneficio objetivo.

—O sea, a ver si te entiendo, Tom, tú crees que Adeline se expresa con tanto descaro porque nos quiere desafiar, porque cree que un culpable nunca se expresaría de ese modo, y también cree que nosotros creeremos lo mismo.

—Sí, en eso estaba pensando.

Nadine se mordió el dedo índice.

—Es una posibilidad interesante.

Y siguieron camino hasta la comisaría, ya en silencio. Apenas se oía el rumor de los coches que les pasaban cerca, y el de las llantas de la patrulla rodando sobre el asfalto.

Capítulo 7

Esa noche Tom cenó con su novia, Yvette. Hacía unos meses ella fue partícipe involuntaria de un caso que involucró a Nadine. Yvette se había mudado a una vieja casa en la que muchos años atrás desapareció una familia entera, a excepción de una señora a la que cariñosamente llamaban «la abuela». Al final resultó que la señora no era digna de tanto cariño, ni era tan abuela ni tan inocente. La casa terminó mostrando restos de su pasado, y Tom descubrió la historia junto con Nadine y la propia Ivette, quien aportó bastante con sus razonamientos de aficionada, a tal punto que podía decirse que participó del caso como testigo y a la vez como investigadora no oficial.

Yvette siempre había soñado con una casa tranquila en las afueras de Boston. El intento no le salió muy bien con aquella casa de la abuela, pero el mes pasado sí había conseguido cumplir su sueño. Tom debió manejar una buena cantidad de kilómetros para visitarla, pero ahora estaban allí, los dos, sentados a la mesa. Yvette se había preparado un plato vegetariano y de bajas calorías, pero tuvo piedad de su novio y le cocinó un jugoso bistec.

Yvette adoraba las novelas policiales. Mientras masticaba la deliciosa carne —y era incapaz de comprender cómo su novia se conformaba con un plato lleno de hojas verdes y poco más—, Tom pasaba la mirada por la biblioteca, a la que tenía justo frente a él. En los anaqueles destacaban novelas y relatos de Edgar Allan Poe, de Arthur Conan Doyle, de G. K. Chesterton, de Agatha Christie, de Dashiell Hammett y Raymond Chandler, entre muchos otros cultores del género de misterio. Pensando en los últimos nombres —exponentes del policial negro, surgido en el siglo XX—, Tom no pudo evitar asociar el arquetipo de la femme fatale con la reciente charla que sostuvo con la viuda de Fairfax. Adeline era una mujer fatal venida un poco a menos, aunque nadie hubiese negado que conservaba su belleza. Una belleza envilecida, quizá, no tanto por sus años como por la apatía que habría desarrollado su espíritu.

—¿En qué piensas? —le preguntó Yvette mientras pinchaba un tomate—. Seguro que le estás dando vueltas a uno de tus casos...

Tom le lanzó una sonrisa, esa mujer ya lo conocía demasiado bien.

Alarmanamente bien.

—Sí y no —respondió, enigmático.

—¿Qué quieres decir?

—Pienso en un caso, pero no pienso en él de la manera en que tú piensas que pienso.

—Menudo trabalenguas...

Tom terminó de tragar uno de los últimos bocados de carne, que debió empujar con una copa de vino tinto. Por fortuna, y a pesar de su vida sana, Yvette tomaba vino cada tanto. Los médicos aseguraban que una copa por día resultaba beneficiosa para el corazón, quizá por eso ella lo bebía sin culpa.

—Quiero decir —respondió Tom—, que no estoy pensando en quién será el culpable, ni ese tipo de cosas que piensan en las novelas. Estoy... —Tom iba a decir algo como «estoy pensando en una mujer», pero después recordó con quién estaba hablando. Se corrigió, con astucia y acaso con cierta pretensión poética—. Estoy pensando en un destino.

—¿En un destino?

Tom le contó de su visita a Adeline. Dijo que él no podía entender cómo una mujer se casaba por dinero, y se resignaba a vivir en una jaula de oro — aunque, al parecer, Adeline no andaba tan enjaulada últimamente— y a ejercer durante el resto de su vida una prostitución de lujo apenas disimulada.

—La gente hace cosas mucho peores, Tom —le dijo Yvette mientras se levantaba a buscar unos duraznos frescos para el postre—. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—A veces yo trato con monstruos, es verdad. Pero me sorprende lo que es capaz de hacer... Quiero decir, a lo que es capaz de rebajarse gente que no es perversa. La viuda Adeline debe de tener tantos defectos como cualquiera, pero no se la puede comparar a los psicópatas y criminales con los que Nadine y yo nos hemos topado.

—Salvo que ella haya matado al viejo Fairfax. —A Yvette se le notaba el entusiasmo cada vez que su novio la hacía partícipe de su trabajo, aunque más no fuera compartiéndole sus inquietudes—. En ese caso, pasaría a engrosar la lista de personas espantosas que has conocido.

—Me cuesta creer que haya sido ella...

—¿Te enamoraste? —preguntó Yvette, y le mostró a Tom una sonrisa sarcástica. Ya estaba de nuevo sentada a la mesa, pelando los duraznos sobre un plato—. Lo lamento, pero tendrás que quedarte conmigo, tu sueldo no debe

estar ni cerca de cumplir los mínimos exigidos por una mujer como esa.

Tom le lanzó una parodia de risa:

—Ja, ja, ja, qué graciosa. Si algo estuve lejos de experimentar cuando entrevisté a esa mujer, ese algo fue amor. De hecho, más de una vez me provocó desagrado su manera de expresarse. Hay que respetar a los muertos, al menos durante un tiempo prudencial. Adeline no esperó siquiera que se enfriara el cadáver y ya estaba bromeando sobre el asunto.

—¿Entonces?

—Entonces... ¿qué?

—Entonces, Tom, ¿cómo es que estás tan seguro de que ella no lo mató?

—No estoy seguro de nada, Yvette, apenas empiezo a investigar.

—¿Es una especie de corazonada?

Tom lo meditó antes de contestar:

—Sí, puedes llamarla así.

Yvette se puso de pie y se acercó a la biblioteca. Sacó de allí un ejemplar de Estudio en escarlata, de Arthur Conan Doyle. La primera aparición en un libro del detective más célebre de todos los tiempos.

Yvette se acercó el libro al oído y fingió que escuchaba lo que él tenía para decirle.

—¿Qué dices, Sherlock? ¿Que mi novio te avergüenza? ¿Que es un mal ejemplo para esta profesión? ¿Que la investigación debe hacerse con la razón del cerebro y no con las razones del corazón, que nadie entiende?

—Si Sherlock fuese un detective real, entendería que no funcionan así las cosas, y menos en el siglo XXI.

—Mi Sherlock es real, tonto —dijo Yvette y le sacó la lengua a Tom a la manera de una niña ofendida.

En esos momentos, Tom se sentía más enamorado que nunca.

Pensó en Stephen Fairfax, en ese hombre rico al que muchos otros hombres habrían envidiado. Ese hombre que se casó con Adeline, pero que de seguro se habría acostado con muchísimas otras mujeres hermosas, antes y también durante su conveniente matrimonio con su actual viuda.

Y se preguntó qué le habría pasado: ¿cómo llegaba un hombre así a enloquecer, a vivir imaginándose fantasmas? Con todo su dinero y su poder, Stephen Fairfax terminó muriendo con los pantalones abajo, sentado en su inodoro, detrás de una puerta equipada con una ridícula clave de acceso.

Volvió a mirar a su novia, que ahora retiraba los platos. Y se dijo que, a

pesar de toda la escoria con la que le tocaba lidiar en su oficio de detective, su vida estaba bastante bien.

Capítulo 8

A la mañana siguiente a Tom y a Nadine les tocó otra vez visitar un barrio elegante, iban rumbo a una casa que no podrían comprar ni en mil vidas, camino a la mansión Fairfax. Pero no a la del fallecido Stephen, sino a la de su único hijo, Francis.

Habían acordado la visita el día anterior, justo antes de ver a Adeline. Francis Fairfax tenía una agenda apretada, y había que avisarle si uno quería encontrarlo en casa para responder preguntas.

La impresionante fachada de la mansión hacía que la de Adeline pareciera una ruina.

Frente a la puerta, Tom le dijo a Nadine:

—¿Será Francis un excéntrico a la manera más o menos simpática de su madrastra, o habrá heredado la locura más bien oscura de su padre?

—Ya lo averiguaremos —dijo Nadine, al mismo tiempo que tocaba el timbre.

Se anunciaron por el portero eléctrico. La voz electrónica dijo que les abrirían desde adentro —funcionaba como las puertas de los edificios—. Cuando se oyó la señal sonora, Nadine empujó la puerta y abrió.

Mientras caminaba por el pasillo al lado de Nadine, Tom repasó en su cabeza los datos que poseían sobre Francis Fairfax: se trataba del único hijo varón de Stephen (Francis tenía una hermana, que actualmente residía en Suecia y solo hablaba con la familia para cumpleaños y festividades, la mayoría de las veces por Skype u otros medios electrónicos). Gracias al dinero, y a los contactos de su padre, había sido admitido y cursó estudios de Administración de Empresas en la Universidad de Yale. Sin embargo, Francis demostró desde muy joven su intenso y ambicioso carácter, y al verlo no le quedaban dudas a nadie de que él no se conformaría con ser «el hijo de...» hasta que le tocara irse a la tumba. No, el impetuoso Francis tenía otros planes. Después de recibirse con honores y un muy alto promedio se convirtió en uno de los más respetados consultores en inversiones. Bastaron unos años de buen ejercicio de la profesión para que el ambiente empresarial, a la hora de hablar de dónde y cuándo poner a trabajar el dinero, recibiera la palabra de

Francis con la misma veneración con que los budistas tibetanos recibían la de su dalái lama. La percepción ya no era la de que Francis Fairfax había usado su apellido y la gloria de su padre para triunfar; por el contrario, todos opinaban que la carrera de Francis había agregado más gloria a su apellido, y que su padre debería sentirse orgulloso de haber concebido un hijo así.

Pero Tom se preguntó si en verdad habría sido el orgullo el sentimiento predominante en Stephen respecto a su hijo. Dos egos tan enormes nunca conseguían llevarse bien. ¿El viejo Stephen habría experimentado acaso envidia? ¿En algún momento sintió que, lejos de acrecentar su legado, Francis estaba enterrando la figura de él como individuo? Teniendo en cuenta la paranoia que por ahora todos coincidían en adjudicarle al viejo hacia el final de su vida, no sería de extrañar. Quizá pensara, incluso, que su hijo era parte de esa gigantesca y difusa conspiración que el universo preparaba contra él.

Eso le interesaba averiguar a Tom: la naturaleza de esa relación entre padre e hijo. No se lo iba a preguntar directamente a Francis, claro, él no se lo diría, o se lo diría a medias. Le daría lo suficiente como para que no pudiera considerársele poco colaborativo, pero se reservaría lo esencial. Y, en cierto modo, estaba en su derecho.

Pero Tom también había cursado sus estudios, aunque no se vieran tan sofisticados como una carrera de Administración en Yale. Tom conocía no solo las mentes criminales, sino la mente humana en general —al menos, hasta el punto en que hasta hoy nos ha sido dado conocerla—. Debía leer entre líneas en las declaraciones de Francis, interpretar sus gestos y sus silencios. Quizá allí estuviese la clave de lo sucedido.

O quizá no. Pero, de momento, era con lo que él y Nadine tenían que trabajar.

Francis Fairfax los recibió en su amplísimo despacho, en el que destacaba un escritorio estilo clásico, tallado en madera color caoba y rodeado por exquisitas y barrocas terminaciones. De las paredes colgaban cuadros, también clásicos: nada de abstracción ni cubismo, ni ese tipo de manifestaciones tan dadas al siglo XX. En un primer vistazo, Francis representaba —o intentaba representar— esa palabra que suena arcaica el día de hoy. Francis quería ser considerado un «caballero». Esa fue la primera conclusión que sacó Tom.

Francis se acercó a ellos. Vestía un traje seguramente caro, aunque sobrio, y

una camisa blanca igual de sobria. «Los verdaderos ricos no ostentan su fortuna, no necesitan hacerlo», se dijo Tom. Como la mayoría de los que habían nacido en cuna de oro, Francis llevaba su riqueza con naturalidad. Además, él había contribuido a esa historia familiar de riquezas, por lo que nadie podría señalarlo con el dedo para acusarlo de parásito o vividor.

—Un gusto, detectives —dijo el hijo, estrechando la mano de Nadine y después la de Tom.

Los invitó a sentarse en las sillas frente a su escritorio, pero Tom y Nadine dijeron que preferían permanecer de pie.

—Pasamos demasiado tiempo sentados hoy, en la comisaría y en el coche, viajando hasta aquí —dijo ella, excusando también a su compañero.

Francis les ofreció café. A eso sí que Tom y Nadine no pudieron resistirse, así que aceptaron. A través de un intercomunicador instalado sobre su escritorio, Francis le hizo el pedido a su secretaria.

Nadine no podía evitar perder la mirada en aquel despacho, en su calma belleza. Uno podía olvidarse de que era un lugar concebido para los negocios. O, en otras palabras, para el arte de hacer dinero.

—Supongo que están aquí para hablar sobre mi fallecido padre —dijo Francis, que aparentemente también había decidido quedarse de pie.

—En efecto, señor Fairfax —dijo Nadine—. Lamentamos lo que sucedió con él, y sabemos que a usted no le resultará fácil hablar de cuestiones familiares con un par de agentes a los que acaba de conocer. Sin embargo, para resolver este caso necesitamos saber algo más sobre su relación con su padre.

—No hay problema —dijo Francis cruzándose de brazos—. ¿Qué necesitan saber?

Capítulo 9

—En principio —le dijo Nadine a Francis Fairfax—, queremos saber cómo se llevaba usted con él, con su padre. Especialmente, cómo se desarrolló ese vínculo durante los últimos años.

—Seguro que ya le fueron con el chisme, detective, a mí no me engaña. —Fairfax hijo sonrió con ironía y movió el dedo índice como quien regaña a un niño—. Sí, seguro que ya le dijeron eso de que entre nosotros había rivalidad y celos a causa de nuestras carreras y de nuestras fortunas. Eso y tópicos por el estilo, clichés de mala película.

Nadine miró a Tom y no pudo evitar lanzar ella también una sonrisa. Volvió a mirar a Francis, y asintió:

—Supone usted bien, ya hemos interrogado a algunas personas, y nos informaron de eso que usted llama chismes y clichés.

—Imagino que hablaron con la viuda. ¿Vieron ustedes que agradable mujer? —Miró hacia arriba y echó al aire un suspiro irónico. Su actitud había cambiado—. Cuando pienso en relaciones tan sinceras como la de mi padre y esa mujer, creo más que nunca en el amor.

Tom observó que Francis se movía por la oficina a la manera de un león que marca su territorio. Un acto, sin lugar a dudas, inconsciente, y por eso mismo muy ilustrativo respecto a su personalidad. Tom había llegado a aprenderlo con los años: aquello que las personas dicen sin querer a menudo resultaba mucho más importante que lo que dicen deliberadamente. Con el cuerpo, contrario a las palabras, no se puede mentir.

—A su manera —dijo Tom—, ellos tenían una relación sincera. Mucho más sincera que otras que conozco.

—En eso tiene razón, detective.

—Pero no nos desviemos. —Nadine dio un sutil paso adelante—. Ya hablamos con la viuda de Fairfax. Ahora queremos saber qué relación tenía usted con su padre. ¿Era cierto lo de la rivalidad?

Después de una pausa, Francis respondió:

—No tanto, en realidad. Creo que aquellos rumores se debían más bien a las proyecciones de la gente. Quiero decir, antes dije que lo de la rivalidad entre

un padre y un hijo exitosos era un tópico, un lugar común, así que las personas suponían que nosotros debíamos de caer en eso, quizá porque suponían que ellos mismos hubiesen caído en ese cliché con sus padres si sus padres y ellos no fueran unos fracasados. —Francis hizo otra pausa. Esta vez pareció ponerse a reflexionar de verdad sobre la pregunta, y siguió hablando en un tono más serio—. Hay algo de cierto en que dos egos como los nuestros sí o sí deben colisionar, y no niego que he tenido mis peleas con mi padre. ¿Qué padre y qué hijo no las tienen entre sí? En ese aspecto, un obrero y un magnate son iguales.

Tom y Nadine asintieron.

—Sin embargo, de pelearse al odio hay un trecho enorme —siguió diciendo Francis—. Y una pelea no implica rivalidad. Al menos, no de mi parte, y espero que él tampoco abrigara esos sentimientos hacia mí.

Tom intervino:

—Usted intentó que él abandonara sus proyectos... digamos...

—Su demencial proyecto de vivir en esa especie de fortaleza. —Tom agradeció para sí que el propio Francis lo hubiera ayudado a completar esa incómoda pregunta—. Sí, por supuesto que intenté convencerlo de que aquello resultaba ser una locura. Cualquier hijo decente hubiese hecho lo mismo en mi lugar. ¿Puede usted creer que solo él sabía la clave que abría la puerta del baño? Pensaba instalar ese tipo de dispositivos en todas las puertas. En vano intenté explicarle que si ocurriera alguna emergencia, si a él, por ejemplo, le diera un infarto mientras estaba encerrado en una de las habitaciones, la demanda extra de tiempo que requeriría a las autoridades pertinentes abrir esas puertas selladas bien podría haber hecho la diferencia entre la vida y la muerte.

—¿Y cómo reaccionó él a esos intentos suyos de hacerlo entrar en razón? —preguntó Nadine.

—Bueno, a veces sospecho que al intentar convencerlo de desistir yo no hice otra cosa que estimularlo más. El viejo era testarudo, le gustaba llevarle la contra a todos, pero a mí más que a nadie. Si quiere usted encontrar un signo de rivalidad, lo podría encontrar allí, lo admito.

Ante sus contradicciones, Tom se dijo que Francis parecía estar hablando de forma espontánea y no repetir un discurso planeado de antemano. Salvo que las contradicciones formaran parte del plan, precisamente con la intención de dar una sensación de espontaneidad a un discurso que carecía de ella. En ese

caso, habría que admitir que el tipo era un genio. Y no convenía descartar que, en efecto, Francis Fairfax lo fuera: un hombre tan acostumbrado a negociar con otros hombres poderosos y bajo situaciones de presión —en las que cada palabra, cada gesto y cada silencio valen oro— nunca debía ser subestimado.

Una vez más, Tom y Nadine se miraron entre sí, y con solo mirarse entendieron que estaban de acuerdo en algo: ya no tenía demasiado sentido continuar con ese interrogatorio. Al menos, no de momento.

—Gracias por brindarnos estos minutos, señor Fairfax —dijo Tom extendiéndole la mano al millonario—. Sabemos que usted es un hombre ocupado.

—No hay de qué, detectives.

Fairfax estrechó la mano que le ofreció Tom, y después se saludó con Nadine.

Los detectives se retiraron del lugar. Aquel interrogatorio no les había aclarado nada, seguían con las mismas dudas que antes.

Ya afuera, caminando hacia el coche, Tom le dijo a Nadine:

—La viuda nos pintó la relación entre Fairfax padre y su hijo como la de dos antagonistas, pero el propio Fairfax hijo acaba de relativizar bastante el asunto. No sé si se debe a las tan frecuentes diferencias de percepción que hay entre los seres humanos o a que cada uno intenta convencernos de la versión que más le conviene. ¿Qué crees tú, Nadine?

Nadine lo pensó un momento, aprovechando que ya habían llegado al coche y ella estaba abriendo la puerta, dispuesta a sentarse en el puesto del conductor:

—No lo sé, Tom, estoy tan desconcertada como tú. Ninguno de los dos me parece alguien inocente, pero tampoco alguien culpable. Ninguno de los dos tiene motivos excesivamente firmes como para arriesgarse a cometer un asesinato.

—Entre los dos —dijo Tom, ya en el asiento del copiloto y colocándose el cinturón de seguridad—, quien tiene motivos más serios es la viuda.

—Sí, pero... ¿consideras tú que ella se arriesgaría a asesinar a su marido, teniendo en cuenta la libertad que él le daba?

—Ahora que lo pienso, no tenemos otro testimonio de esa libertad que el dado por ella misma. ¿Y si miente? ¿Y si esa supuesta libertad es un modo de

llevarnos a razonar lo que estamos razonando ahora, es decir, que con la vida que se daba con el marido vivo no había razón para tomar el riesgo de matarlo?

—Quizá debimos preguntarle eso a Fairfax hijo. Puede que supiese algo.

Nadine arrancó el coche.

—Sí, aunque lo dudo —dijo Tom—. Si la relación con su padre se había vuelto tan distante, poco podría enterarse él sobre sus enredos de alcoba. Bah, es un decir, porque tampoco quedaría mucha «alcoba» entre Fairfax padre y su reciente viuda.

Nadine asintió con la cabeza, en silencio.

Y así, casi en total silencio —metidos cada uno en el trabajo analítico de su propia mente—, continuaron con su viaje.

Hasta que Nadine dijo:

—Creo que podríamos preguntarle a la primera persona con la que hablamos, Tom.

—¿Te refieres a Sergio Ginza?

—El mismo.

—No lo sé... —Tom se llevó la mano al mentón—. ¿No crees que ya lo hemos exprimido al máximo? Ya nos ha dicho incluso más de lo que se nos ocurrió preguntarle.

—Nunca se ha exprimido del todo al servicio doméstico, que, al fin y al cabo, esa era la función de Ginza. —Nadine miró a Tom, sonriendo—. ¿Nunca has leído una novela inglesa de detectives? Nadie sabe más de sus patrones que el personal de servicio: ellos terminan por volverse invisibles para quienes los mandan, y por eso son testigos silenciosos de los momentos más íntimos de la casa, conocen la mugre bajo la alfombra, la miseria que se esconde tras el dinero y el éxito.

—Suenas como Yvette. Salvo que, siendo detective tú misma, deberías saber que las novelas no son nuestra mejor guía de trabajo. Eso es ficción, Nadine.

Nadine no borraba la sonrisa de su rostro.

—Ya veremos, Tom. Ya veremos.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Francis Fairfax amaneció con una brutal contractura: sentía que unos dedos invisibles, y duros como la roca, se le clavaban en el cuello y la espalda.

«Al fin y al cabo, ese hombre que murió ayer era mi padre», se dijo mientras se masajeaba a sí mismo intentando en vano calmar el dolor. «Supongo que el cuerpo me está reclamando. Me reclama que debo liberar mis emociones, debo dar rienda suelta a mi sufrimiento».

Se avergonzó de ciertas frases y actitudes irónicas que había mostrado ante el par de detectives que lo interrogaron ayer.

«Ese es uno de los mecanismos de defensa psicológicos mediante los que la gente se aleja de aquello difícil de soportar: una forma de mirar de costado lo que resulta demasiado difícil mirar de frente».

Así se justificó y se absolvió a medias, recordando alguna materia sobre psicología que había cursado cuando estudió Administración. El comportamiento del consumidor respecto a las mercancías, su relación «afectiva» con ellas, a menudo no resultaba muy diferente del comportamiento respecto a sus seres cercanos. Para bien o para mal, sucedía así.

El marketing —pensó el ahora jefe de la familia Fairfax— es una especie de humanismo.

Llamó a su secretaria y le preguntó si hoy le tocaba alguna cita o algún evento marcado en la agenda como de máxima prioridad. Ante la negativa, le pidió que cancelara todas las reuniones. Se tomaría el día libre.

Un día de duelo. Sí, quizá su padre se lo mereciera. No había sido el padre más cariñoso, y mucho menos durante los últimos años. Pero ¿acaso se podía acusar de algo a un hombre que ha perdido por completo la razón?

No, el de los últimos años ya no era su papá, en nada se asemejaba a ese que durante la niñez —bien o mal— tuvo sus buenos gestos para con Francis. Alguna vez lo había llevado al cine o a jugar a alguna plaza. No fue esa la tónica habitual de su relación, cierto, pero alguna vez había sucedido.

Si su papá no hubiera sido un millonario famoso, lo habrían encerrado en un instituto para enfermos mentales. Pero, como era rico, la gente le daba el

mucho más respetable adjetivo de «excéntrico». Y nadie se hubiera atrevido a cuestionarle nada.

La gente era así de hipócrita, y todos querían un pedazo de su padre. Empezando por su esposa y actual viuda, esa vividora de Adeline.

Tom y Nadine mandaron a sus agentes a que localizaran a Sergio Ginza. Sin embargo, no había atendido el teléfono. Eso les estaba informando el agente Rupert, de pie, en la puerta de la oficina.

—¿Quieren que intentemos de nuevo más tarde? —les dijo a Tom y a Nadine, que lo miraban desde la mesa mientras bebían café.

—No, Rupert, no hay problema —contestó Nadine—. Tampoco es tan urgente.

Tras preguntar a los detectives si necesitaban algo más, y luego de obtener una respuesta negativa, el agente Rupert se retiró a continuar con sus labores.

—Ya hablaremos con Ginza —dijo Nadine. Daba la sensación de que lo decía más para sí misma que para su compañero. Tom, por otra parte, tenía en las manos el informe de la oficina de bomberos. Pasaba las hojas, les echaba un vistazo con expresión cansada.

Dijo:

—Nadine, este informe coincide con lo que nos dijo Fairfax hijo: la puerta no se podría abrir sin el código para desbloquear el aparato de seguridad. De haber sido así, quizá el viejo Fairfax aún se encontraría entre nosotros.

—Una ironía trágica —observó Nadine—. El pobre viejo fue víctima de su paranoia.

—Y quién iba a suponer que dos modestos agentes de Policía como nosotros tendríamos la oportunidad de tildar de «pobre» a uno de los hombres más poderosos del mundo.

—Supongo que no hay nada más democrático, nada que nos iguale más que la muerte.

Tom asintió con la cabeza, apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos.

—Si Stephen Fairfax puede terminar muriendo de forma tan indecorosa, con los pantalones abajo y sentado en el inodoro, significa que ninguno de nosotros tiene asegurado un final digno.

Con la ayuda de una pastilla, Francis Fairfax había dormido una pequeña siesta, poco más de una hora y media de sueño inhabitual. Se despertó sobresaltado, con un sudor frío devorándole la frente. Sabía que acababa de tener una pesadilla, aunque ahora no recordaba nada de ella. Quizá, se dijo, fuera mejor así.

Se levantó de la cama y fue al baño a orinar y a lavarse la cara. Cuando agachó la cabeza para acercarse al lavabo, una punzada le recordó que la contractura de la mañana seguía allí, mordiéndole la espalda y el cuello como una piraña que se hubiera quedado a vivir dentro de él.

Se decidió a tomarse un relajante muscular. Después se vistió, con ropa de andar por casa y que no usaba hacía mucho.

Se sentía raro. Supuso que era por lo de su padre, y también por el hecho de estar haciendo nada a una hora en que, por lo regular, se encontraba trabajando en la oficina.

O tal vez había algo más. Quizá no se trataba de la mera extrañeza. Era más bien una inquietud. Por no decir...

No, miedo no. No podía ser.

Al fin y al cabo, ¿a qué debería temerle?

Quizá la muerte de su padre lo había afectado no solo por el motivo obvio —tal como lo reflexionó antes, un padre siempre era un padre, cualquiera fuera la relación que tuviese con su hijo, y su desaparición siempre implicaba consecuencias—. Tal vez, pensó Francis mientras se preparaba un té verde —no quería ingerir cafeína, bastante alterado estaba—, la muerte de alguien tan cercano, o incluso de alguien no tan cercano, es también terrible porque le recuerda al resto, a los que se quedan en este mundo, que algún día se van a morir.

Y, para colmo, en varios aspectos la trayectoria de Francis Fairfax había sido similar a la de papá Stephen.

¿Y si él también terminaba enloqueciendo? ¿Y si él también se moría con los pantalones abajo, derrumbado sobre el inodoro y con una absurda expresión de sorpresa congelada en una cara pálida de ojos vacíos?

Un escalofrió lo recorrió de la cabeza a los pies. Miró la hora mientras se terminaba el té: faltaban minutos para las dos de la tarde. La mañana y el mediodía se le habían escapado entre siestas, pesadillas y pensamientos caóticos.

Decidió usar la cama solar, no porque necesitara urgentemente broncearse,

sino porque lo relajaba el acto de meterse allí. Francis consideraba a ese cubículo casi hermético una versión frívola de una sala de meditación, su particular versión de un descanso, unas vacaciones en la nada.

Nadine y Tom habían intentado localizar a Sergio Ginza a la una de la tarde, pero tampoco atendió en su casa ni en su móvil. Ante la momentánea falta de pistas y sin un interrogatorio en mente que valiera de verdad la pena, decidieron algo insólito: retirarse temprano de la comisaría, tomarse el resto del día para descansar y juntar fuerzas para proseguir la investigación. Todos los agentes conocían lo aplicados que eran Tom y Nadine, así que a ninguno se le ocurrió poner mala cara y mucho menos reprochar esa actitud. En todo caso, los sorprendía que, por una vez, se tomaran un merecido recreo.

Nadine eligió la soledad: regresó a su casa y se echó en la cama a escuchar un poco de música y a jugar con su gato Dupin.

Tom, por otra parte, había estado a punto de hacer lo mismo: irse a su casa y disfrutar de la soledad y del silencio. Sin embargo, Yvette le había mandado un mensaje para preguntarle si tenía ganas de ver una película que estrenarían el sábado en el cine. Tom le dijo que la acompañaría con todo gusto a verla. También le dijo que hoy había terminado la jornada temprano y acababa de salir, y le preguntó si le gustaría que la pasara a visitar. Tan sorprendida como gustosa, Yvette aceptó sin dudar.

Tom se reunió con ella. Hicieron el amor, y él solo se dio cuenta de cuánto necesitaba relajarse cuando, una vez terminado el acto, se quedó bocarriba sobre la cama, en silencio, mirando el techo. Yvette tampoco hablaba. Esa era una de las cosas que a Tom le gustaba de ella: contrario a tanta gente, sean hombres o mujeres, su novia sabía apreciar y respetar el silencio.

Después ella preparó la cena. Se pusieron a hablar del caso Fairfax. Yvette, igual que tantas otras veces, sugirió algo que a Tom le llamó la atención.

—¿Y si el móvil no es el odio a Fairfax?

Tom se estaba metiendo un bocado de pollo, y tenía ante sí un plato rebosante de ensalada César.

—Todo es posible, pero... ¿cuál sería entonces? Como ya te he aclarado, no fue un robo. Y dudo que un psicópata haya elegido a Fairfax al azar.

Yvette lo meditó unos segundos y dijo:

—La verdad, no puedo responderte con exactitud... Pero tú dijiste que

había dejado en el lugar del crimen una frase, digamos, poética. ¿Es así?

—Así es —respondió Tom con la boca llena—. Algo sobre que al padre se lo habían devorado las llamas de su terror.

—Quizá es un asesino con pretensiones artísticas.

Tom asintió.

—Además —siguió diciendo Yvette, visiblemente entusiasmada con sus propias ocurrencias—, me intriga la palabra «Padre». ¿Por qué referirse a la víctima de ese modo, y no simplemente por su nombre?

Tom se puso a pensar sobre ello, por supuesto que él y Nadine habían advertido ese peculiar detalle, pero la verdad es que no conseguían hasta el momento sacar nada en limpio de él, y por ende, lo dejaron algo apartado.

Tom miró a su novia, a la que en ese instante adoraba más que nunca, y le dijo:

—Lo que insinúas es que el odio del asesino no se dirigía simplemente a Stephen Fairfax, sino...

—... que se extiende al resto de la familia —completó Yvette con expresión de orgullo—. Tú eres el experto en esto, mi amor, pero puede que no sea mala idea asignarles al hijo y a la viuda una vigilancia personal.

El sol artificial acariciaba la piel de Francis con su tibia mano omnipresente. Cada centímetro de su cuerpo disfrutaba de aquel encierro voluntario, y él esperaba que la contractura cediera. Un traumatólogo le había dicho una vez que el calor distendía los músculos, y ahora él depositaba su entera fe en esa afirmación tan profesional.

Intentaba olvidarse de su padre. No había visto el cuerpo cuando lo encontraron. Quizá no verlo resultó ser peor: su mente dibujaba una y otra vez esa imagen nunca vista, ensayaba diversas variantes de la degradación. Una y otra vez Francis casi que «alucinaba» con el inodoro, los pantalones corridos, los ojos vacuos como los ojos de un pez, la sangre, la palidez, el frío de la muerte. Sí, la carne vieja, arrugada, blanca y fría. Todo lo contrario a la carne de él, la de Francis, que ahora se tostaba en la cama solar. Sí, cada vez se tostaba más, cada vez el calor se sentía más y más allí dentro...

A decir verdad, se sentía «demasiado».

«No debería estar aumentando la temperatura», se dijo Francis. «Maldita sea, debe de haberse descompuesto. Hoy no es mi día, todos conspiran para

que no tenga paz».

Francis ignoraba hasta qué punto tenía razón. Y no sobre el desperfecto en la cama solar, sino a que hoy no era su día.

Empezó a sospecharlo cuando, dispuesto a comprobar la temperatura, intentó en vano abrirla.

«Qué demonios le sucede a esta cosa, nunca me había dado problemas».

Francis observó algo extraño a través de la tapa del aparato: una silueta negra y difusa que se adivinaba la de un hombre, aunque se asemejara a una sombra. Sí, una sombra negra deformada por el vidrio esmerilado.

Con una timidez que poco a poco se iba convirtiendo en pánico, Fairfax comenzó a decir en voz alta los nombres del servicio doméstico, e incluso de alguna amante. Pero la sombra no respondió a ninguno de ellos. Y por más fuerza y empeño que le pusiera a la tarea, a él le seguía resultando imposible abrir la tapa y salir de ese horno.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, y se dio cuenta de que la voz se le sofocaba—. Ayúdeme a salir.

La sombra seguía allí, como si lo contemplara. A Francis no le quedó más remedio que admitir la evidente y terrible verdad: esa sombra jamás lo ayudaría a escapar porque era ella misma la que lo había encerrado.

El calor subía a límites insoportables. Francis quiso insultar, amenazar, ofrecer dinero, pero la voz ya no le salía, y la sombra seguía allí.

Y llegó el dolor y el olor a carne chamuscándose. Y, al final, el ruido monótono y persistente, semejante al de una fritura.

Y Francis supo que todos sus temores se habían vuelto realidad. Supo que ni su éxito ni su fortuna ni su lucidez mental lo salvarían, y que pronto se reuniría con su padre.

Capítulo 11

Era día de semana y Tom cargaba con las obligaciones de siempre, por lo que la noche anterior no se había quedado a dormir con Yvette. Sin embargo, cuando Nadine lo llamó a su casa —en ese momento, él se preparaba unos huevos revueltos de desayuno— y le avisó de la morbosa muerte de Francis Fairfax, lo primero que se figuró Tom fue la cara de satisfacción que pondría su novia al enterarse. No le provocaría ese sentimiento el saber de la muerte de un hombre, desde ya, pero sí lo que esa muerte implicaba: que Yvette estaba en lo cierto al sugerir que el odio del asesino no se dirigía a Stephen Fairfax. O, mejor dicho, no se dirigía exclusivamente a él.

—¿En la cama solar? —Al teléfono, y sin creer del todo lo que acababa de escuchar, Tom repetía las últimas palabras que su compañera había usado para darle la noticia.

—Aunque faltan los estudios de los peritos —dijo Nadine, entendiendo que aquella pregunta no había sido más que sorprendida retórica—, todo indica que lo encerraron allí, subieron la temperatura y esperaron a que... Bueno, ya te lo imaginas.

Tom miró la sartén en la que acababa de cocinar. Por un instante imaginó el destino último de Fairfax hijo, y se puso en el lugar de él. Aquello helaba la sangre. Aunque probablemente el término «helar» no fuese el más indicado para referirse a esa situación.

—En media hora llegaré allí —dijo Tom.

—No te molestes —respondió Nadine—. Te pasaré a buscar por tu casa e iremos juntos a la escena del crimen. Estate listo en veinte minutos.

Tom asintió.

—Ah, me olvidaba —volvió a decir Nadine—. Los agentes que acudieron ante el aviso de los vecinos me han anticipado que nuestro asesino volvió a dejar una frase con intenciones poéticas.

—Ese tipo debe de haber visto muchas películas.

—O quizá leyó muchas novelas.

Ese comentario provocó que Tom pensara de nuevo en Yvette, en su intuición y su astucia. Quizá no habría sido una mala investigadora. Las

novelas, a veces, se acercaban a la realidad.

Nadine se despidió y cortó la llamada. Él se sentó a la mesa, con la intención de apurar el desayuno para poder cambiarse deprisa.

Aunque, a decir verdad, ya no tenía apetito.

Así como en tantas otras ocasiones igual de sórdidas, la primera persona con la que Tom y Nadine hablaron al llegar a la residencia de Francis Fairfax fue Jason Winthrop, el jefe del equipo forense.

—Los ricos sí que saben tomar el sol —les dijo Jason, que al parecer hoy se había despertado con un extraño humor—. Los llevaré hasta el cadáver.

Jason y Nadine caminaron detrás de él. Alrededor de ellos tres se movían peritos y agentes comunes, recogiendo pruebas y tomando fotos de la escena del crimen.

—¿Alguna hipótesis preliminar? —preguntó Tom a Jason.

—Claro que sí —respondió el forense—. Me parece bastante claro que al tal Francis alguien lo encerró allí, y se quedó tranquilamente observando cómo se freía, aunque de seguro debió de matarlo antes la falta de oxígeno. Mejor para él.

Tom asintió. Era lo mismo que, con menos detalles, los agentes le habían dicho a Nadine. Y fue justamente ella la que aportó una observación:

—Ese tipo de máquinas están preparadas para evitar los accidentes, y supongo que el señor Fairfax compraría de las mejores.

Tom miró a su compañera y sonrió:

—¿No me digas que solías acudir a esos centros de bronceado, Nadine?

—Bueno, ya sabes, en los noventa yo era muy joven y estaban muy de moda.

Tom y Jason intercambiaron una mirada cómplice, una burla amable hacia su compañera, que los reprochó con la misma amabilidad:

—No tengo la culpa si ustedes siempre fueron dos ancianos amargados.

Sin embargo, llegaron al exacto lugar del crimen. Y la visión de esa masa chamuscada que alguna vez había sido Francis Fairfax y de esa cama solar que se convirtió en su tumba cortó ese clima de bromas y de ligereza.

—Qué asco... —dijo Nadine y se tapó la nariz con una mano.

—El olor a quemado no es de por sí muy agradable —dijo Jason, a quien no parecía afectarle la pestilencia—, en especial si hablamos de carne humana.

—Tampoco ayuda mucho —dijo Tom— que se mezcle con el hedor de los

mueertos.

Jason asintió con la cabeza.

—Y súmale a eso que este muerto lleva varias horas aquí, en las mejores condiciones para deteriorarse a toda velocidad. El calor no ayuda a la conservación de la carne.

—¿Quién dio el aviso? —preguntó Nadine.

—Uno de los vecinos. —Jason le daba la espalda al cadáver—. Una señora mayor, una de esas jubiladas con poco en qué ocupar el tiempo y que viven atentas a todo lo que sucede en un edificio.

—Sí —dijo Tom—, a ese tipo de gente la insultamos por dentro cuando denuncian tonterías, pero también nos han ayudado más de una vez.

—Exacto. La mujer sintió el olor a quemado. Supuso que se trataba de un incendio.

—La entiendo —dijo Nadine observando el cadáver, restos del cuerpo renegrido atravesado por vetas rojas y algunas láminas de piel que habían logrado sobrevivir—. Quién puede suponer que el olor a quemado viene de algo... así.

—Imagino que se ha descartado de entrada cualquier intención de robo —dijo Tom—. Nadie que irrumpa en una casa por motivos puramente económicos se dignaría a hacer algo así.

Jason asintió, y Tom volvió a hablar:

—Nos informaron que nuestro asesino dejó una inscripción, igual que el asesino de Fairfax padre, por lo que podemos asumir que los dos asesinos son el mismo.

—Salvo algún extraño caso de imitación —dijo Jason—, yo asumiría que sí.

Nadine intervino:

—La información respecto a la frase hallada en la fortaleza de Fairfax padre no trascendió a los medios ni salió en los diarios, así que la probabilidad de un imitador no es mínima, sino más bien nula.

—Cierto, Nadine —dijo Tom—. Pero lo que yo quería preguntarle a Jason era dónde el asesino dejó escrita la nueva frase.

—Ah, claro, los llevaré allí. Verán que no tiene desperdicio.

Otra vez, Tom y Nadine caminaron detrás de Jason —Nadine pensó que el forense se asemejaba al guía del parque de un Disney monstruoso— hasta llegar al baño. Abrió la puerta, encendió la luz y señaló al espejo.

—Allí está. Literatura y artes plásticas en una sola obra. Admiren esta maravilla.

En el espejo, con lo que parecía ser crema de afeitar, el asesino había escrito:

EL HIJO INDISCIPLINADO CAYÓ DEMASIADO CERCA DEL SOL

—No creo que gane ningún concurso literario —dijo Nadine.

—No, pero tiene una idea básica de mitología griega. —Tom se acercaba al espejo mientras hablaba, había algo de inquietante en contemplar esa frase impresa sobre el reflejo de su propio rostro—. La frase alude a Ícaro.

—Es cierto —dijo Nadine, intentando recordar sus clases de preparatoria—. Aunque quizá hizo una lectura distraída, porque si mal no recuerdo, Ícaro voló hacia el sol.

—Dudo que se trate de ignorancia —dijo Tom—. Sospecho que la intención es irónica: Francis Fairfax también voló alto, en el sentido de que acumuló una fortuna aun mayor que la de su padre. Sin embargo, él «cayó» al sol porque...

—Porque se acostó en la cama solar — completó Nadine.

—Exacto. Es una manera de mezclar el lenguaje figurado con el literal, y burlarse de su víctima. De lo que ya no podemos dudar es que el asesino guarda un enorme rencor contra la familia Fairfax. Debemos llamar ya mismo a la comisaría y ordenar que envíen custodia especial para la viuda del viejo Stephen, Adeline.

Capítulo 12

Cuando Tom y Nadine regresaron a la comisaría y entraron a su despacho compartido, se llevaron una gran sorpresa.

Sentado a la misma mesa donde ellos solían tomar café y conversar sobre sus casos estaba esperándolos Eric Nashville, mejor conocido en la brigada de Boston como «el jefe Nashville».

El jefe había pasado ya el umbral de los sesenta años. Fumaba sin cesar y llenaba el despacho de humo, a pesar de que los vigentes reglamentos estatales prohibían el cigarrillo en las instituciones públicas. Era de esos hombres que apenas conservan restos de pelo canoso a los costados y lucen una brillante calva en el «techo» de la cabeza.

—¿Cómo se encuentran hoy, agentes? —les dijo y pitó un cigarrillo al que poco le quedaba para consumirse. No resultaba habitual que Nashville les hiciese esas visitas sin avisar, y Tom y Nadine se olían malas noticias.

El jefe se puso de pie y alisó su traje.

—Estamos bien, señor —dijeron Nadine y Tom casi al unísono. Se habían quedado cerca del vano de la puerta, como los incautos que miraban a Medusa y se convertían en estatuas.

Fue Nadine quien manifestó su sorpresa y se atrevió a preguntarle qué lo traía por ahí.

El jefe aplastó la colilla contra el cenicero —que los detectives nunca habían usado y permanecía allí como una especie de adorno hasta el día de hoy— y fue al grano:

—Ustedes están investigando el caso de Stephen Fairfax... Bueno, ahora habría que decir el caso de la «familia» Fairfax, ¿verdad?

—Justamente venimos de ver el cadáver de Francis Fairfax —dijo Tom.

—Sí, me lo imaginé. Me dijeron que se excedió con el bronceado.

El jefe había dicho esto último con absoluta seriedad.

—Como usted bien insinuó antes —dijo Nadine—, esto cambia el curso de la investigación. Ya no se trata de un crimen orientado a un Fairfax, sino de crímenes orientados a acabar con la familia.

—Y, por desgracia, suponemos que no terminarán con este último —añadió

Tom.

El jefe daba vueltas por la oficina y toqueteaba los objetos del escritorio.

—Eso es lo que más me preocupa —dijo—. Es una desgracia, tal como lo calificó usted. Pero no solo para los Fairfax.

El jefe hizo una pausa, casi teatral. Tom y Nadine también se quedaron en expectante silencio.

—También es una desgracia para nosotros, agentes. Y lo es especialmente para mí. Ustedes saben bien la manera en que este asunto funciona: si se tratase de un asesino serial obsesionado con destripar vagabundos, nadie se haría mucho problema. Pero dado que, al parecer, nos enfrentamos a un aniquilador compulsivo de los Fairfax, y teniendo en cuenta que los Fairfax son millonarios y muy influyentes, tengo a todo el mundo presionándome para resolver esto de una buena vez.

—Señor... —empezó a decir Nadine.

—Y cuando digo todos... —El jefe levantó apenas el tono, y Nadine entendió el mensaje: en ese momento, solo hablaría él, y no toleraría interrupciones—, estoy hablando del alcalde para arriba. Siento en la nuca el aliento de gente importante, y sus voces resuenan en mis oídos. Los escucho hasta en mis sueños ya.

El jefe Nashville les dio la espalda y se puso las manos en la cintura, al mismo tiempo que lanzaba un suspiro y apuntaba el cuello hacia arriba, como quien pide al cielo clemencia. Tom habló:

—Y usted quiere que nosotros acallemos esas voces lo antes posible.

El jefe seguía dándoles la espalda. El silencio era peor que cualquier queja o grito con que pudiera importunarlos. Nashville no era un mal jefe ni parecía ser una mala persona, pero tenía sus momentos de mal carácter. Tom y Nadine, cuando se les ocurría hablar sobre él, coincidían en varios puntos. Uno de ellos era que resultaba difícil imaginárselo en su vida cotidiana y familiar, es decir, haciendo otra cosa que no fuera ejercer de jefe.

Al fin se dio vuelta para volver a mirarlos, y con pasos muy lentos se acercó hacia ellos dos, que no se habían movido desde que se paralizaron cerca de la puerta.

—Supongo que ya solicitaron custodia para la viuda —dijo.

Tom y Nadine asintieron.

—Bien, asegúrense de que sea de la mejor. Quisiera pasar al menos un par de días sin que nadie me llame para avisarme de la muerte de un miembro de

esa familia. —El jefe Nashville resopló—. ¿Tienen algún sospechoso?

Esa era la pregunta que ni Tom ni Nadine deseaban que el jefe les formulase. Como no tenía ningún sentido intentar engañarlo, Nadine fue sincera:

—Ninguno firme, señor.

—Como ya le expresamos... —Tom se apuró en apoyar a su compañera—, este segundo crimen ha cambiado nuestras hipótesis de investigación.

—Mientras ustedes cambian las hipótesis, la gente es asesinada —dijo el jefe, que cada vez se les acercaba más—. Por el amor de Dios, necesito que resuelvan esto lo más rápido posible, no me importa cómo. Me llegan presiones de todos lados, y cuanto más me molesten a mí, más vendré yo a molestarlos a ustedes. —Ya hablaba con el rostro muy cerca de Tom y Nadine—. Así que, por el bien de todos, encuentren «ya» a ese demente asesino.

—Haremos lo posible, señor —dijo Tom.

—Y si eso no funciona, hagan lo imposible —respondió el jefe.

Dichas esas últimas palabras, volvió a alisarse el saco y abandonó la oficina. La puerta se oyó como un cuchillazo una vez que él acabó de cerrarla detrás de sí.

Capítulo 13

Adeline se había despertado esa mañana —aunque, en realidad, cuando terminó de abrir los ojos ya era cerca del mediodía— pensando en Marilyn Monroe. No recordaba si había soñado con ella o si quizá la imagen de la legendaria rubia se le había metido en la mente como un perfume o un virus que viajan en el aire.

Lo cierto era que, mientras se tomaba el café del desayuno tardío acompañado por unas masas dulces, no pensaba en la Marilyn glamorosa, la que decía dormir —aunque probablemente mentía— sin más vestimenta que «unas gotas de Chanel N° 5». No, Adeline no se acordaba de esas escenas que las revistas y la televisión habían elevado a la categoría de mitos. Se acordaba de otra, que nunca fue publicada en ninguna parte, y que en todo sentido resultaba mucho más oscura.

Adeline pensaba en la Marilyn de aquel 5 de agosto de 1962, la última Marilyn. Ella nunca recordaba ninguna fecha ni había leído una biografía en su vida —con suerte había leído algún libro en el colegio—. Prácticamente, ningún tema ajeno a ella misma le había provocado el menor interés. Salvo la muerte de aquella rubia de leyenda. Aquello le quedó grabado desde chica, cuando se enteró por algún documental en la televisión o quizá el informe de algún noticiero dedicado a las efemérides. Ella ni había nacido cuando Marilyn estaba en su apogeo. Sin embargo, la consideraba una especie de hermana del alma, conectada a ella a despecho de las barreras del tiempo y del espacio.

Adeline no podía creer que una mujer tan hermosa hubiese sido, según decían todos, tan infeliz.

¿Acaso era tonta Marilyn? No, realmente no. Le gustaba jugar a la rubia tonta, pero no lo era. Esa fue la gran lección que le legó a todas las mujeres que vinieron después: hazte la tonta, pero sé astuta. Las tontas la pasan mejor. Las que fingen ser dominadas son las que con mayor comodidad tiran de la cadena de sus amantes cuando resulta necesario.

Los hombres poderosos dominan al mundo, sí. Y detrás de todo gran hombre hay una gran mujer... que lo domina.

Pero hoy, Adeline no pensaba en esas cosas. Por alguna razón, que ignoraba, la única imagen que le venía a la cabeza —una imagen que no había visto nunca, pero que imaginó de mil modos— era la de Marilyn inconsciente sobre la cama, languideciendo en el dormitorio de su casa de California. Poco después se le informaba a la prensa que la actriz había ingerido cuarenta cápsulas de Nembutal, y que se trataba de un suicidio por sobredosis. Sin embargo, pocos se creen hoy la hipótesis oficial respecto al destino de Marilyn.

¿Podían las diosas morir? ¿Marilyn se despertaba con lagañas, iba al baño, se sacaba los mocos, hacía ese tipo de cosas que la gente vulgar hace?

Sí, claro que sí. Adeline sonrió al pensar cuántos hombres la habían idealizado igual que ella idealizaba a Marilyn.

Se dijo que si a la hora del final le tocaba ir al cielo —o al otro lugar—, le gustaría encontrarse con Marilyn. Sin duda, por ella dejaría su heterosexualidad de lado. Al fin y al cabo, el sexo solo era la moneda más poderosa del mundo, mucho más poderosa que el oro y el dólar.

A la tarde, Adeline recibió una llamada de la Brigada de Delitos Graves de Boston. Le informaron que una escolta especial, conformada por tres agentes, iba camino a su residencia. Adeline preguntó cuál era el motivo, y la pusieron al tanto también de la muerte de Francis Fairfax.

A Adeline ya se le había pasado esa angustia matinal de pensar en Marilyn. Pero ahora, con las nuevas noticias, la muerte regresaba a ella en forma de un viento helado.

No pudo más que aceptar lo que el agente acababa de decirle a través de la línea telefónica —además, no habría podido oponerse—. No le gustaba la idea de convivir con policías hasta quién sabe cuándo. Quizá hasta que atraparan a ese loco que parecía haberse ensañado con la familia. Quizá Adeline tuviese suerte y su saña no incluyera a los familiares políticos. De todos modos, la situación no resultaba simpática en ningún aspecto, y si bien detestaba la idea de tener seguridad —de vivir en una jaula de lujo—, más detestaba la idea de convertirse en la próxima víctima.

Cayó en la cuenta de que, tal vez por el pasmo que le entró al enterarse, no le había preguntado al oficial ningún detalle sobre la muerte de Francis.

Fue hasta la mesa del comedor y encendió la laptop, la que usaba muy poco.

De pie, mordiéndose la yema del dedo índice y zapateando contra la cerámica, clavando sus ojos en la máquina como si esa imperiosa mirada pudiese hacer que el proceso se completara más rápido, Adeline esperó a que se iniciara el sistema operativo. Una vez iniciado, se sentó, abrió la ventana del navegador que mostraba la página de inicio de Google y tecleó allí tres palabras:

«Francis Fairfax muerte»

Por supuesto, la mayoría de los resultados pertenecían a la sección «noticias». Y le bastó leer los titulares para que sus dedos temblaran de terror e hiciesen sonar las teclas debajo de ellos.

El joven empresario Francis Fairfax muere calcinado en su cama solar.

Muerte extraña: Francis Fairfax incinerado en su propia residencia.

El cuerpo del empresario Francis Fairfax aparece quemado en su propia cama solar.

El más sensacionalista de todos provenía de un diario amarillista de tendencias liberales.

Cerdo burgués se cocina en su jugo: Francis Fairfax quemado vivo en su cama solar.

Por supuesto, en las bajadas y en el cuerpo de las notas se destacaba el hecho de que, hacía muy poco, Stephen Fairfax había padecido una muerte diferente, aunque no menos extravagante.

A Adeline le llamó la atención otro titular, que en este caso precedía a un prematuro artículo de opinión y que solo intentaba disimular las ínfulas intelectuales del periodista.

Un Ícaro moderno: Francis Fairfax ha mirado demasiado al sol, y ahora acompañará a su padre en el abismo.

Adeline no sabía mucho de escritura —en realidad, no sabía nada—, pero aquel regodeo le sonaba repugnante.

Ella nunca apreció a Francis, aunque tampoco lo había odiado. Le resultaba

indiferente lo que él hiciese o la naturaleza de su vínculo con Stephen. Además, si su propio padre tenía cada vez menos contacto con el hijo, mucho menos lo tendría ella.

Eso no le impedía sentir cierta piedad. Adeline podía ser frívola y hasta cínica en ocasiones, pero no se consideraba una mujer cruel. No le hubiese deseado a Stephen lo que le sucedió, y tampoco se lo deseó a Francis. Y no solo se refería a la circunstancia de haber sido asesinados, sino al modo espantoso y humillante en que se los había eliminado del mundo.

Por alguna razón —quizá por puro morbo, o simplemente porque era incapaz de pensar con claridad en esos momentos—, Adeline se puso a leer el último de los artículos que abrió, el de las ínfulas intelectuales.

El autor, fiel al estilo pomposo del título, seguía diciendo:

Hace unos días nos habíamos enterado por la prensa de la muerte del empresario Stephen Fairfax, uno de esos hombres que supieron encarnar el sueño americano, que surgieron desde «la nada» —esa es la dudosa expresión que suele usarse a la hora de pergeñar sus biografías— y alcanzaron la cima del éxito.

Si bien no existen informes concluyentes, o al menos esos informes no han sido compartidos con el público, las hipótesis oficiales sugieren que el patriarca de los Fairfax, o bien se suicidó, o bien fue asesinado, o sufrió un accidente. Lanzar esas tres hipótesis es una forma astuta de decir nada pretendiendo decir mucho, una forma sutil de decir que pudo haberse muerto de cualquier manera.

Pero por canales extraoficiales circulan con mucha fuerza los rumores del asesinato, hecho del que —según dicen— la Policía no tiene dudas. Fuentes cercanas informaron a este diario que la pareja de detectives compuesta por Tom Harrison y Nadine Bannister fue la elegida para llevar el caso, hecho que descartaría ya de pleno la hipótesis de un accidente o un suicidio. Recordemos que este dúo de investigadores ha intervenido en algunos casos resonantes: por ejemplo, aquel de «la casa de la abuela Neville», y ese otro que también seguimos en su momento en estas páginas, y que implicó el asesinato de varios jóvenes adinerados. Por eso, si Tom Harrison y Nadine Bannister han sido asignados a este caso, nos podemos imaginar que detrás de él hay mucho más que lo dicho a la prensa.

Adeline se preguntó si habría mucho más, también, de lo que la Policía le dijo a ella. Siguió leyendo, salteándose un par de párrafos hasta llegar —por fin— al tema del que prometía hablar el artículo: la muerte de Francis.

Y así confirmamos todas nuestras suposiciones anteriores: antes el padre, y ahora el hijo. Francis Fairfax, cual Ícaro moderno que supo ascender llevado por las alas de las finanzas —impulsándose, en principio, por el apellido paterno, y luego yendo más allá—. Francis apareció quemado dentro de su propia cama solar. Se había tomado el día libre y ese momento que suponemos de esparcimiento se convirtió en el último y en el más terrible de su vida.

Adeline dejó de leer. Cerró la tapa de la laptop y se levantó de la silla, cubriéndose la boca con la mano como si temiera gritar, o decirse a sí misma en voz alta algo que no quería oír.

Y la mano le temblaba.

Pensó en tomarse un sedante, pero no quería recibir a los agentes de la brigada en un estado de semiinconsciencia.

Los sedantes la llevaron a pensar de nuevo en Marilyn, en las hipótesis sobre su destino último. Otra vez, el viento de la muerte se colaba por la casa. Y cerrar las ventanas no serviría de nada contra eso.

El viento no venía desde afuera, sino desde el interior de la propia Adeline. Venía desde un lugar muy profundo dentro de ella, un lugar del que ni conocía su existencia.

Y —por ridículo que a ella misma le sonara— temía que ese viento le trajera la voz de Stephen. Temía que su viejo y muerto marido regresara bajo la forma intangible de una risotada, y le susurrara al oído:

—Ven conmigo, Adeline. Te estoy esperando.

Capítulo 14

Tom y Nadine no volvieron a pedir a sus agentes que se comunicaran con Sergio Ginza. Por una parte, porque preferían que se concentraran en brindarle seguridad a Adeline Fairfax; por otra, porque creyeron mejor averiguar en detalle los antecedentes de Ginza antes de hablar con él. El asesinato de Francis lo cambiaba todo, incluso las posibles sospechas que podrían caer sobre el asistente de Stephen Fairfax. Y es que ya no se trataba de encontrar a alguien que le tuviese rencor a Stephen, y que además fuese tan cercano como para conseguir aniquilarlo aun estando él en su fortaleza, sino de buscar a alguien que probablemente le guardara resentimiento a la familia entera.

Tom y Nadine estaban en la comisaría. Habían revisado una y mil veces la información disponible sobre los Fairfax, tanto la pública como la que no resultaba de común acceso.

—Es absurdo —dijo Nadine, sentada a la mesa y apartando de sí su laptop como si la abrumara la cantidad de información inconducente que había encontrado en ella—. Es tan evidente que, en su condición de hombres de negocios, los Fairfax hayan tenido muchos competidores que podrían detestarlos como el hecho de que ninguno de esos competidores haría algo tan estúpido como mancharse las manos con sangre porque alguna vez ellos les hubiesen ganado una licitación o echado de algún mercado.

—Concuerdo —dijo Tom, que soplaba su taza humeante de café y sostenía unos papeles en la mano: información tan inconducente como la de la laptop que había utilizado su compañera—. Son gente civilizada, incluso si han incurrido en la corrupción o si sus maniobras financieras, en algún caso, han perjudicado a países enteros. Conocen las reglas del juego financiero y saben que a veces se gana y a veces se pierde, y que nada es personal; todo es cuestión de negocios.

—Además —dijo Nadine—, el hecho de que Fairfax padre y su hijo se hayan dedicado a negocios por completo diferentes dificulta muchísimo más encontrar un probable enemigo común. Sus competidores y el ámbito en que se movieron fueron muy diferentes. Lo único que los asemejaba era la cantidad de dinero y la imparable voracidad por ganar más.

Tom volvió la vista a los papeles que todavía tenía en la mano: los nulos antecedentes y los datos personales de Sergio Ginza, que hacía un rato habían impreso desde la base de datos policial.

—Tampoco hay nada de Ginza aquí —dijo Tom—. Ni siquiera sé si vale la pena interrogarlo de nuevo. No nos dirá nada que no nos haya dicho ya, la primera vez que lo vimos no fue lo que se dice un testigo reacio. Más bien, se le veía muy dispuesto a colaborar. —Tom hizo unos segundos de silencio, y miró hacia arriba como quien busca y vislumbra una respuesta—. Quizá...

—¿Quizá demasiado?

Tom sonrió.

—¿Ya se te había ocurrido, Nadine?

—Sí, me pareció un poco extraño que alguien estuviese tan dispuesto a hablar y hasta a revelar ciertas intimidades cuando su supuestamente estimado jefe acababa de ser asesinado de manera espantosa. No increíblemente raro, pero sí un poco.

—Creo que, de momento, no nos queda más alternativa que aferrarnos a ese poco. El jefe nos acribillará si no avanzamos con esto, si es que quienes lo presionan no lo acribillan antes a él. Como fuera, terminaremos todos en la calle.

—No seas exagerado, nos han presionado otras veces.

—De todos modos, debemos encontrar al menos una pequeña puerta por la cual entrar a este caso.

Casi al unísono, como si se hubiesen sincronizado de forma deliberada, Tom y Nadine bebieron de sus tazas de café. Para su desgracia, tampoco encontraban respuestas en el silencio.

Capítulo 15

Faltaba poco para las siete de la noche cuando los agentes de la brigada llegaron a la casa de Adeline, distribuidos en un par de patrullas. Eran cinco, más de los que ella esperaba. Los cinco jóvenes, un par de ellos razonablemente atractivos —hacía varios días que Adeline no se devoraba un joven, y empezaba a experimentar las consecuencias de la abstinencia—. Sin embargo, no era momento para preocuparse por sus impulsos sexuales. Más bien, la incomodaba esa especie de claustrofobia... Adeline no sabía qué adjetivo usar para definirla —la palabra «espiritual» no formaba parte de su vocabulario—. Lo cierto era que comenzaba a sentir una especie de ahogo.

Tres de los agentes se quedarían dentro de la casa. Ahora estaba en la cocina. Prometieron que pasarían desapercibidos, que ella apenas advertiría su presencia y se respetaría su intimidad. Los otros dos agentes permanecerían afuera, dentro de una patrulla. A la noche se turnarían para vigilar, igual que los de adentro. La idea era que siempre hubiese al menos dos policías despiertos y atentos a cualquier anomalía.

—Entiendo su malestar, señora —le había dicho a Adeline uno de ellos, y para colmo el más atractivo, que no llegaría a los treinta años. Ese «señora» se le había clavado a la viuda en el alma, a la manera de una estaca verbal.

Pero Adeline lo dejó pasar. ¿Qué podía hacer? Al fin y al cabo, y aunque le doliera, ella ya se había convertido en una señora. Y, de hecho, ya había pasado a ser una señora viuda. No podía pretender que la trataran como a una adolescente.

—Sergio Ginza nació hace cuarenta y dos años —recitaba Tom por enésima vez, aún sentado a la mesa de la comisaría y leyendo de sus papeles— aquí en Boston, aunque en el barrio de Charlestown. Hasta la fecha, soltero y sin hijos. Cursó estudios en la universidad, aunque se quedó en el camino. Intentaba graduarse en Sociología, y no duró ni dos años. Se indica aquí que tuvo un par de negocios, emprendimientos, al parecer, por su propia cuenta. Solo se especifica el rubro de cada uno: gastronomía, el primero, y artes y

entretenimiento, el segundo. No sé a qué se referirá. —Tom se pasó la mano por la nariz y lanzó un suspiro. Después siguió leyendo—. Nuestro amigo Sergio comenzó a trabajar para Stephen Fairfax hace quince años, un conocido de Stephen le recomendó a Ginza como hombre de confianza, y allí se quedó hasta ahora, que el viejo apareció muerto en su baño.

—Nada anormal —dijo Nadine, también por enésima vez. La tercera taza de café, llena por la mitad, ya se le había enfriado. Cerca de la taza reposaba la laptop, cerrada y silente. Había en la mesa otros papeles, tirados allí como hojas resecas—. Parece que, antes de conocer al viejo Stephen, el tal Ginza no había hecho demasiado de su vida.

—Pero nadie es del todo normal, Nadine, tú lo sabes tan bien como yo.

—Sí, y tú también sabes, igual que yo, que lo importante no es lo que alguien sea, sino lo que podemos probar sobre él. Al menos, así funciona en un juzgado.

—Tienes razón, no debemos comenzar a imaginar indicios donde no los hay ni a forzar las cosas solo por nuestra incapacidad de encontrar a un verdadero sospechoso.

—No debemos dejarnos dominar por la desesperación.

Hubo unos segundos de silencio. Nadine volvió a hablar:

—Creo que, por hoy, no hay mucho más que hacer. Propongo que mañana vayamos directamente a la casa de Ginza. Si no lo hallamos, le dejaremos una citación. Por lo menos podemos pedirle que nos hable un poco más de la familia, ya que estaba tan dispuesto desde el principio a contarnos todos los chismes. Quizá encontremos alguna pequeña perla en ese pantano.

Tom asintió. Se puso de pie y tomó su saco, dispuesto a salir de allí.

Anochece en la residencia Fairfax, en algún tiempo ocupada por Stephen y por Adeline, y ahora poblada de policías que cercaban a la viuda.

Ella, Adeline, se había retirado a su habitación. Sola, echada en la cama matrimonial que ya hacía un buen tiempo no compartía con su marido muerto —se había acostumbrado a esa soledad de doble plaza incluso cuando él vivía—, la viuda dejaba transcurrir el murmullo de la televisión, ignorando los estúpidos programas que allí aparecían. También había dejado su móvil abandonado sobre la mesa de noche; qué le importaba lo que hiciesen sus contactos de Facebook o Instagram. Al fin y al cabo, todas las publicaciones

eran la mismas: fotos de bebés, de platos de comida, imágenes con frases supuestamente inteligentes o conmovedoras y que supuestamente habían sido pronunciadas por gente tan famosa como muerta.

Muerta... Esa palabra volvía a su cabeza cuando menos se la esperaba. Parecía que, apenas lograba ella concentrarse en otra cosa, la palabra volvía a encontrar una excusa para infiltrarse en el discurso de su mente a la manera de un agente doble.

Pensó en Stephen. Pensó también en Francis.

El hijo le daba un poco más de pena, incluso cuando ella —para bien o para mal— había sostenido una relación mucho más profunda y duradera con el padre (quizá más duradera que profunda).

Acaso eso sucedía porque Stephen era ya un viejo loco y acabado, y Francis tenía toda una vida por delante, le sobraban las energías y la lucidez para seguir escalando la cumbre del éxito.

¿Y ella? ¿Qué tenía ella? ¿Le quedaba alguna cumbre por escalar o no le quedaba otro destino que el de descender?

La verdad, ya no quería pensar en eso ni en nada más. Tomó el control remoto y apagó la televisión. Se sentó en la cama, cogió también el celular y lo puso en modo «no molestar». Abrió el cajón de la mesa de noche y movió la mano por allí hasta dar con un blíster de pastillas. Los ansiolíticos que ella tomaba a veces, cuando la acechaba el insomnio, hoy los necesitaría más que nunca.

Fue al baño y tragó una pastilla con agua del grifo. Regresó a la cama.

Ahora que el sonido de la televisión no interfería y la pieza estaba en silencio, Adeline era capaz de oír el rumor de los agentes que estaban abajo. Percibía movimiento y voces discretas. Por supuesto, no alcanzaba a entender lo que decían, ni siquiera aguzando el oído. De seguro hablarían tonterías sobre su trabajo, o quizá se dedicasen a criticarla a ella y a los Fairfax. Los imaginó lanzando bilis al observar el lujo de la casa, escupiendo su resentimiento de asalariados, diciendo que ella no se merecía nada de lo que tenía, que todo se lo había ganado por su belleza y por conquistar a un viejo rico. Pero ¿acaso la belleza no constituía también un mérito? ¿O es que cualquier mujer que uno ve caminando por la calle es capaz de seducir a un hombre como Stephen Fairfax?

Claro que la belleza es un mérito, y la mujer bella es artista y lienzo a la vez. O que le pregunten a Marilyn.

Y la mención de Marilyn clavó en su mente de nuevo la misma escena: el cuerpo inerte, frío y desnudo sobre las sábanas de seda. El aroma de las gotas de Chanel Nº 5 extinguiéndose poco a poco, dando lugar a los primeros hedores de la muerte.

En ese momento, Adeline solo deseaba que el ansiolítico le hiciera efecto lo más rápido posible. No le pedía más nada al destino. Al menos, no por esa noche.

Por fortuna, los ojos comenzaban a cerrársele, los párpados se le venían abajo como persianas de plomo. La viuda sonrió, satisfecha —a decir verdad, ya no podía distinguir si había sonreído hacia afuera, con la boca, o si la sonrisa apenas se había dibujado en su imaginación—. Antes de cerrar los ojos del todo, le pareció distinguir una negra silueta, lo suficientemente negra como para destacarse recortada en la penumbra de la habitación.

—¿Stephen? —le dijo Adeline.

Acababa de decir una estupidez, ella lo sabía. Y, sin embargo, deseaba que, o bien se tratara de su imaginación, alterada por el ansiolítico —recordó además que se había tomado un par de tragos a la tarde, y esa mezcla nunca resultaba bien—, o bien fuera el espectro de Stephen. Su exmarido no sería tan cruel con ella. Al fin y al cabo, Adeline siempre había respetado los términos de su contrato matrimonial. Eso no significaba que ella lo hubiera amado, desde ya, el amor estaba fuera del trato. Pero lo había respetado a su manera.

Sí, ojalá se tratara de una alucinación, o del fantasma de su marido muerto. Ojalá fuera eso aquella figura y no la silueta negra del asesino de Francis y del propio Stephen.

El sueño la vencía y la figura temblaba en la oscuridad. Ahora se disolvía del todo, como brea sobre la noche.

Ojalá fuera Stephen, sí. Él tampoco la amó nunca, pero le tendría piedad, aunque más no fuera por el abnegado placer que ella le había dado en la cama. Nunca le negó nada, ninguna perversión. Durante todos esos años fue su muñeca de lujo. Claro, nunca lo amó, pero es que eso no se puede comprar ni forzar.

Ojalá se tratara de Stephen, no de una alucinación o de una sombra. Volvió a decirse eso mientras se dormía, y pensó que mañana se enteraría de la verdad.

Eso si es que mañana abría los ojos.

Capítulo 16

Era una mañana extraña, al celeste del cielo lo amenazaban unas vetas de gris, y rodeado por algunas nubes que se acercaban —de a poco, como al acecho— colgaba el pálido sol.

Tom y Nadine acababan de estacionar la patrulla frente a la casa de Sergio Ginza.

—Sí, es aquí mismo —confirmó Nadine releiendo los datos de su móvil.

Los detectives se bajaron del auto y comenzaron a cruzar la calle. Bastaba con contemplar la fachada del hogar de Ginza —cada vez desde más cerca— para saber que, esta vez, no visitarían una lujosa mansión. No por eso se trataba de una vivienda precaria: el cuidado jardín que antecedió a la igual de impecable puerta de madera les hacía suponer que aquella era una casa de clase media.

Una verja de color verde protegía el jardín y el interior. Por supuesto, había a un costado una puerta con su correspondiente timbre, que Tom presionó.

Unos segundos después, una voz atendió por el portero eléctrico. El particular acento latino no hacía dudar de que se trataba de Sergio Ginza:

—¿Quién es?

Los detectives celebraron en silencio.

—Somos los agentes Tom Harrison y Nadine Bannister —dijo Nadine—. Hablamos con usted en la casa del señor Stephen Fairfax, el día de su fallecimiento.

Con el mismo tono amable de aquella vez, el dueño de casa les dijo que los recordaba y los invitó a pasar.

Un ruido molesto les anunció que ya podían abrir la puerta.

—Pasen —dijo, a través del portero electrónico, Ginza.

Tom abrió la puerta.

Los detectives ya caminaban por un angosto sendero y ya eran capaces de contemplar cada milímetro del jardín —los dos sabían que, a veces, el lugar en el que vive un testigo otorga más información que el testigo mismo, aunque dudaban de que esa regla aplicase al tan colaborativo Sergio—.

—Las plantas están cuidadas con una obsesiva meticulosidad —susurró

Nadine a Tom—. Mira esos colores tan vívidos, la prolijidad con que se ha recortado el pasto a la misma altura, la disposición casi simétrica de cada maceta.

—Recuerda lo que hablamos antes, Nadine, el hecho de que un hombre sea excesivamente prolijo o esté enamorado de su jardín no lo convierte en un psicópata. Incluso si fuese un obsesivo compulsivo, y Ginza no dio ninguna muestra de serlo, eso tampoco lo haría sospechoso de nada.

—No, claro que no. Pero eres tú quien siempre dice que cuanto más se sepa sobre la personalidad de un posible implicado, mejor.

—Cierto, Nadine, nunca tienes tanta razón como cuando repites mis palabras.

Ella se rio por lo bajo y lo golpeó juguetonamente en el hombro.

La puerta de entrada a la casase abrió, y allí aparecieron la expresión sonriente y la actitud solícita del dueño.

—Bienvenidos, detectives —dijo Sergio Ginza.

—Lamentamos importunarlo —dijo Tom—, y esperamos que no sea un mal momento para venir. Intentamos comunicarnos antes con usted, pero...

—No hay problema. —Ginza les hizo un gesto con la mano, indicando que pasen—. Ustedes saben que actualmente soy un hombre sin empleo, así que no estaba haciendo gran cosa.

Tom se dijo que la gente así, que se tomaba todo con tan buen humor y nunca ponía mala cara, a menudo terminaba dando una impresión de falsedad. Provocaban el efecto contrario al que buscaban: caían mal.

Al menos, eso le pasaba a él. No porque detestara a Ginza ni nada por el estilo, solo que sus palabras y sus gestos estaban impregnados con esa sensación... justamente, de irrealdad, de moneda falsificada.

—Disculpen el desorden —dijo Ginza—. Mi hermana pasó aquí ayer a la noche y trajo con ella a mis sobrinos. Y ya saben cómo son los niños, cuando vienen de visita a una casa es como si pasara un huracán. No tuve tiempo de limpiar mucho.

Tom y Nadine no sabían de qué manera calificar lo que Ginza acababa de decir. O bien se trataba de falsa modestia, o bien de un intento fallido de ironía, o bien constituía la confirmación de lo que Nadine había sugerido al contemplar el jardín. En otras palabras, el certificado de que ese hombre era un maniático del orden.

Los detectives, aunque en ese momento no pudieran compartir sus opiniones

en voz alta, se pusieron inmediatamente de acuerdo en que la tercera opción resultaba la más probable. El interior de esa casa se veía impecable, a niveles casi inhumanos. Daba la impresión de que ni la menor partícula de polvo se habría atrevido a introducirse allí. Nadine se dijo que incluso podría maquillarse sin problemas si se miraba en los radiantes azulejos. De igual modo, Tom hubiese podido afeitarse utilizando el reflejo del vidrio sobre la impoluta mesa de roble que dominaba esa sala de estar. Los vidrios de las ventanas lucían igual de diáfanos, y a las cortinas blancas que colgaban de allí y recibían la tenue luz del sol bien se las podría haber confundido con espectros resplandecientes, recién bañados —si la casa de Ginza estuviese embrujada, uno podía apostar que allí dentro hasta los fantasmas mantendrían una impecable higiene—.

Tom no se resistió a decir en voz alta:

—No se preocupe, señor Ginza. Ojalá yo pudiese mantener en mi apartamento un uno por ciento de esta limpieza.

Nadine no reprimió una sonrisa, y Ginza tampoco.

—Exagera usted —dijo—. Pero acompañenme. —Señaló unos cómodos sillones de cuero blancos—. ¿Quieren beber algo?

Los detectives, para no perder su costumbre, se decantaron por dos cafés.

Ginza fue a prepararlos, mientras, Tom y Nadine tomaron asiento en los dos sillones individuales, cercanos uno del otro. Un sillón de doble plaza había quedado libre para que el dueño de casa lo ocupara cuando volviera.

—Su actitud optimista y servicial, la limpieza de su casa... —dijo Nadine—. Es todo demasiado perfecto. Parece una de esas series familiares de los años ochenta en las que todo el mundo era feliz y los conflictos resultaban ser mínimos.

Sergio Ginza regresó de la cocina. Traía con él una bandeja de metal sobre la que había tres tazas humeantes. Apoyó la bandeja en la pequeña mesa de vidrio rodeada por los sillones. Tom y Nadine dieron las gracias y tomaron sus tazas. Ginza se recostó sobre su sillón y les dijo:

—Bien, detectives. Les diré lo que quieran saber.

Capítulo 17

Adeline tuvo dos problemas a la hora de abrir los ojos. El primero, que por la ventana entraba una luz enceguedora —seguramente la del mediodía— que la forzaba a cerrar los párpados. El segundo, que seguía teniendo bastante sueño.

Se retorció un poco sobre la cama hasta que, con acopio de voluntad —y eso que ni la voluntad ni el esfuerzo eran su especialidad—, consiguió arrancarse del capullo de sábanas y frazadas y ponerse de pie.

Recién en ese momento sintió el sudor que se le había congelado en la frente. Fue al baño, se lavó la cara y los dientes, y orinó. Oyó movimiento abajo y se acordó de que los agentes de la brigada estaban allí, invadiendo su casa para evitar que la atacara un supuesto psicópata especializado en matar miembros de la familia Fairfax, y quizá —si Adeline no tenía suerte— sus planes incluían a los familiares políticos.

Mientras se ponía ropa más o menos presentable para bajar —un vestido blanco que tomó del ropero con una inhabitual indiferencia—, se acordó también de la sombra esa que había visto anoche, el pánico que le provocó. Ahora le sonaba absurdo, un delirio fugaz a causa de los calmantes y de los tragos que se tomó en la tarde. No había visto nada, salvo lo que creyó ver. Tanta visita de policías y tanta conversación macabra debió de haberla sugestionado.

Así y todo, había dos hechos innegables: los cadáveres de Stephen y de su hijo, los dos hallados en espantosas condiciones, y en sus propias casas.

Adeline bajó las escaleras. Sentía sus pies, eran de plomo, y los escalones, de barro. La apesadumbraba una pesadez resacosa y la fuerza de gravedad parecía aumentar más a cada paso, tironeándola hacia abajo, hacia el fondo de una imaginaria ciénaga.

No pudo evitar imaginarse las manos de los Fairfax, padre e hijo, emergiendo de la tierra que cubre sus lápidas y tomándola a ella de los tobillos.

«Ven con nosotros, Adeline. Al fin y al cabo, tú también eres parte de la familia».

Imaginaba sus voces de ultratumba, voces cavernosas, emitidas por bocas que mastican sangre y putrefacción.

—Ahí viene la viuda —le susurró Harris a su compañero de guardia, Morton. A ellos dos les tocaba ahora permanecer en el interior de la casa, y miraban a Adeline desde la cocina. Ella estaba terminando su moroso descenso por las escaleras hacia la sala de estar. Su largo vestido blanco, bastante inadecuado para la circunstancia y la hora, generaba la ilusión óptica de que ella flotaba sobre el suelo. Para colmo, la luz del mediodía la bañaba con un aura especial.

—Parece un espectro —dijo Morton, que apenas había terminado de comer una naranja y ya se apresuraba a eliminar los rastros de la mesa, tirando la cáscara a la basura y lavando rápidamente el plato y el cuchillo.

—Sí, eso parece. —Harris la miraba con una mezcla de fascinación y espanto. No se lo dijo a su compañero, pero la viuda se le antojaba hoy más hermosa que ayer, a pesar de lo demacrada que se la veía. O quizá fuera por eso mismo que se le antojaba más hermosa. Quizás esa apariencia le añadía una cuota extra de «morbo» a su natural atracción—. Es como si acabaran de matarla arriba, y lo que en este momento tú y yo estamos viendo venir es su fantasma.

Morton lanzó una risotada.

—Miras demasiadas películas de terror, Harris. Debes dormir un poco más, tu rostro no luce mucho mejor que el de la viuda. Haz algo con esas ojeras.

—Vete al diablo, ¿no te has visto en un espejo?

Los dos hombres rieron esta vez. Solo se callaron al advertir que la fantasmagórica viuda venía hacia ellos, arrastrando su resplandor mortuario y envuelta en su vestido blanco.

Capítulo 18

—No lo pude creer cuando vi por la televisión lo que le había sucedido a Francis —dijo Sergio Ginza a Tom y a Nadine apenas terminó de darle el primer trago a su taza de café con leche—. No solo el hecho de que hubiera sido asesinado, sino el modo espantoso en que sucedió. ¿Es verdad lo que dicen en los noticieros?

—Depende de qué noticiero mire usted —dijo Tom—. Pero sí es indudable que fue asesinado de forma horrible. Incluso a Nadine y a mí, que por la naturaleza de nuestro trabajo estamos acostumbrados a lidiar con los resultados de este tipo de crímenes, nos causó una gran repugnancia contemplar lo que le habían hecho.

Tom agregó esa última observación, de carácter más bien personal, con el objetivo de empatizar con su interrogado. Si bien Ginza siempre había colaborado con todo gusto, le daba la sensación de que se guardaba todavía algún dato. Con los años, después de hablar con muchísimas personas sobre temas difíciles, «hablar» mucho no siempre implicaba «decir» mucho.

—Qué horrible es este mundo. —Ginza meneaba la cabeza, y al mismo tiempo apoyaba su taza en la mesa de vidrio—. ¿En qué clase de mente cabe la posibilidad de hacerle algo así a otro ser humano?

—Disculpe, señor Ginza —dijo Nadine—. ¿Me permitiría usar el baño un instante?

—Llámeme Sergio. Y sí, por supuesto que puede usar el baño. Al fondo a la izquierda, por ese pasillo.

Ginza señaló con la mano el camino. Nadine se puso de pie y le dio las gracias.

Se dirigió hacia allí. En realidad, no tenía ganas de ir al baño. Simplemente necesitaba una excusa para echarle un ojo a otros ambientes de la casa de Ginza sin que él sintiese que lo consideraban entre los sospechosos.

La verdad es que todo el mundo es sospechoso, y a la vez, nadie lo era. Tom y ella se encontraban absolutamente perdidos en esa investigación, y justo se trataba de una en la que más presión ponían sobre sus hombros. Nadine no quería recibir otra rabieta del jefe Nashville, y Nashville tampoco quería

seguir siendo empujado por personas mucho más influyentes y poderosas que él.

Nadine atravesó el estrecho pasillo. En las paredes —cubiertas por un impoluto y fino empapelado color crema— había colgado un espejo igual de estrecho, y nada más. Nada para ver.

Nadine abrió la puerta del baño. Todo se veía tan pulcro como el estado del resto de la casa le había hecho suponer. Tampoco encontró nada extraño.

Salió. Al fondo del pasillo había otra puerta, de seguro daría al dormitorio del dueño de casa. Nadine echó una instintiva mirada hacia atrás: todavía podía oír el rumor de la charla que Tom estaba sosteniendo con su interrogado. Caminó, entonces, hasta esa última puerta.

La abrió.

Una vez más, se encontró de pie ante una habitación impecable. El piso era de alfombra, color crema igual que el empapelado. Había una cama de doble plaza —según la base de datos, Ginza nunca se había casado ni convivido con nadie, pero Nadine supuso que eso no le impediría conseguirse alguna compañía sexual las noches que lo acompañara la suerte—. La cama estaba correctamente tendida, pero al menos mostraba alguna que otra arruga, lo que a la vez implicaba la primera muestra de humanidad en ese hombre que daba la imagen de un robot infalible diseñado para la limpieza. A cada lado de la cama había una mesa de noche, cada una lucía un exquisito diseño en roble color claro y sostenía un velador. Todo allí daba una sensación de simetría que, lejos de resultar confortable, parecía artificiosa, extraña, casi inquietante. Como si todo eso fuese una fachada, una especie de maqueta.

En una de las mesas de noche, la que estaba más cerca de ella, Nadine vio algo que en principio confundió con un libro. Al acercarse se dio cuenta de que en realidad era un bloc de notas. No pudo revisarlo porque se hallaba empaquetado en nailon, al parecer, Ginza lo acababa de comprar.

Abrió el cajón de la mesa con el mayor sigilo posible, echando una mirada hacia atrás y aguzando el oído, por si llegaba a escuchar pasos acercándose a la habitación o algo que resultara extraño. Por fortuna, seguía oyendo los ahora más lejanos rumores de la conversación con Tom.

En el cajón había medicinas, varios lapiceros y papeles aparentemente sin importancia. A Nadine le llamó la atención uno solo: se trataba, más que de un papel, de un pequeño rectángulo de cartón. Allí se leía, sobre un fondo verde y en letras impresas de color blanco, «Festival el Bardo Nocturno».

Abajo, y en una fuente más pequeña, figuraban una fecha y horario: jueves 21 de octubre —o sea, dentro de dos días— a las 20:30 horas.

Nadine recitó los datos mentalmente, con el objeto de memorizarlos mejor. La verdad, no confiaba en que se tratara de nada relevante, pero ese era un caso en el que a Tom y a ella no les quedaba otro remedio que intentar sacar zumo de las rocas. Echó otro vistazo al cajón y rodeó rápidamente la pieza. En efecto, no había ninguna otra cosa llamativa, al menos no a simple vista.

Nadine salió de allí. Se dio cuenta de que frente a ella había otra puerta, pero no quiso entrar a revisar. No deseaba levantar sospechas, ya que si Ginza llegaba a darse cuenta de su pequeño engaño, eso podría incluso traerle problemas legales a ellos y a la brigada. Tom y Nadine no tenían una orden de allanamiento y habían visitado a Ginza para hablar con él, no para revisar su casa.

Regresó a la sala de estar. Tom seguía allí con su café y Ginza era quien estaba hablando. Hasta que se interrumpió para mirar a Nadine.

—Gracias por dejarme usar su baño —dijo ella—. Disculpe las molestias.

—¿Le costó encontrarlo? —preguntó Ginza.

La miraba con la amable sonrisa de siempre, que ahora tomaba para Nadine un cariz más malicioso. ¿Estaba él insinuando, con esa extraña pregunta, que ella había tardado mucho? ¿Se había dado cuenta de que, en realidad, la intención de esa pretendida excursión al baño fue la de hurgar en la casa?

No, se dijo Nadine, era ella que estaba paranoica. Quizá se sentía culpable porque, en el fondo, Tom y ella estaban acosando a un hombre seguramente inocente, y lo hacían a causa de su incapacidad para encontrar ya no a un culpable, sino a un sospechoso más verosímil.

—No, lo encontré con facilidad —dijo Nadine impostando su mejor sonrisa—. Gracias, Sergio.

—El señor Ginza —dijo Tom—, justo me estaba hablando de la particular relación que existía entre Francis Fairfax y Adeline, la viuda de Stephen Fairfax.

—Parece que me estaba perdiendo de lo más interesante —respondió Nadine mientras se sentaba.

—Por favor —dijo Tom—, retroceda un poco y empiece desde el principio, así mi compañera puede escuchar lo mismo que me dijo a mí.

—Bueno, lo que digo no lo puedo aseverar al cien por ciento. —Ginza miraba a Nadine. Ella se tomaba lo poco que había quedado de su café, ya

bastante tibio—. Sin embargo, ciertos indicios me han hecho sospechar, durante varios años, que Adeline tenía una relación con el hijo de su marido.

—Me imagino que se refiere a una relación sentimental —dijo Nadine.

—Sí, si usted la quiere llamar así. Yo diría que más bien erótica.

—Bueno, podemos obviar esos matices. —Tom sonrió.

—Nos interesaría —dijo Nadine— que nos describiese esos indicios de los que asegura haberse percatado.

Ginza miró hacia arriba, como quien baja al sótano de su mente a revisar el archivo de las viejas memorias.

—Alguna vez los vi rozarse las manos, de ese modo furtivo en que lo hacen los amantes, y que resulta muy apasionado y a la vez muy calculado, cerebral. También sorprendí a Francis hablándole al oído a Adeline mientras el señor Fairfax se encontraba en otra parte. Y alguna vez, cuando el señor Fairfax ya no tenía contacto con su hija y su matrimonio era una cuestión meramente formal, me crucé con Adeline, que se dirigía a casa de Francis. Ella se puso nerviosa y dijo que iba hacia otro lado, pero lo cierto es que estaba caminando por la misma cuadra donde Francis vivía, y allí no hay negocios ni ningún otro lugar al que ella hubiera podido dirigirse. —Ginza hizo una pausa antes de continuar—. Les juro que no soy un chismoso, no me esforcé por averiguar estas cosas, simplemente las vi. Es lo que sucede cuando uno permanece muchos años al servicio de alguien: termina por enterarse de cosas de las que nunca se hubiese querido enterar.

Tom intervino:

—¿Alguna vez intentó decírselo a su jefe?

—¡Jamás se me pasó por la cabeza! —se apuró en responder Ginza—. Si bien los indicios que describí resultan elocuentes, lo cierto es que, como ya les dije, yo no tenía ni tengo pruebas concluyentes al respecto. Hubiese sido osado de mi parte sembrar la discordia. Además, al señor Fairfax ya le importaba muy poco lo que Adeline hiciese, aunque quizá sí le importara su hijo, aun si lo disimulaba muy bien. Para qué herirlo contándole de mis sospechas y de aquellos claros indicios. Mejor que el pobre siguiera en lo suyo.

A Tom le llamó la atención que Ginza se refiriera a su antiguo jefe como «el pobre». Su sorpresa no tenía nada que ver con la evidente ironía implicada en tildar de pobre a uno de los hombres más ricos de Estados Unidos y del mundo. No, se trataba de otra cosa. Hasta ese momento, Ginza siempre había

mostrado un gran respeto hacia Stephen Fairfax, incluso si asumía que él había acabado por volverse un poco loco durante sus últimos años. Y, sin embargo, ahora lanzaba ese adjetivo condescendiente, el típico desdén edulcorado con que una persona habla de aquel por el que siente pena, y a quien se considera inferior. Mejor dicho, más que haberlo «lanzado», el término parecía habersele «escapado» a Sergio Ginza, como a quien se le sale una palabra de la boca. ¿Acaso él escondía sentimientos de desprecio o rencor a su hoy fallecido jefe? Al fin y al cabo, lo único que Tom y Nadine sabían hasta el momento de la relación entre ellos dos provenía de una de las partes, es decir, del propio Sergio. Nadie más se había referido a ese vínculo —¿habría alguien acaso autorizado para hablar de ello con conocimiento de causa? ¿Alguien además de Stephen Fairfax, que ya no sería capaz de testimoniar, sabría lo que sucedía entre él y su empleado? Tom se reprochó a sí mismo por hacerse recién ahora esas preguntas. Quizá, a pesar de su experiencia —y a pesar de haber puesto él mismo en duda la demasiado perfecta y siempre encantadora disposición de Sergio, del mismo modo que su actitud invariablemente colaborativa y en apariencia tan generosa—, Tom se había dejado engatusar por las virtudes de las que Ginza hacía gala en su trato con los demás.

Para colmo, ahora estaba comportándose como una vieja chismosa. Es cierto que ellos, Tom y Nadine, eran quienes habían ido a su casa para exigirle que les contara todo lo que supiese. Pero aun así, contrastaba el respeto que Ginza guardaba para con su otrora jefe el hecho de que ahora se complaciera en esos rumores —porque, como él mismo admitía, no existían pruebas concluyentes— de una relación entre Francis Fairfax y Adeline. Estaba manchando la memoria y lastimando el ya muy herido orgullo de ese hombre que le dio trabajo, que había confiado en él, y con el que Sergio prácticamente convivió durante muchos años de su vida.

Sí, algo olía mal en ese asunto, pensaba Tom mientras Ginza seguía hablando, bajo la atenta mirada de Nadine.

Sí, se seguía diciendo Tom: algo andaba mal con ese hombre que no cesaba de sonreír.

Capítulo 19

—¿Cuándo demonios se irán ustedes?

En la cocina —en su «propia» cocina—, la viuda Adeline clavaba sus intensos ojos negros en las jóvenes figuras de Morton y Harris. Se daba cuenta de que ellos la contemplaban como a un espectro victoriano —se había visto al espejo y sabía de las ojeras que le habían dibujado los ansiolíticos de anoche, sumado al estrés de los últimos días—. Se daba cuenta, también, de que la miraban con deseo —en especial Morton, por lejos el más atractivo de esos dos treintañeros—. Sí, Adeline conocía muy bien esa mirada hambrienta, y en especial cuando esa hambre lasciva se mezclaba con el temor: casi que no había recibido otro tipo de mirada en toda su vida.

Pero, en ese momento, todo aquello le importaba muy poco. Lo único que quería era sacarse de encima ese horroroso asunto de los asesinatos. Lo único que quería era obtener una respuesta a su pregunta por parte de esos dos agentes.

—Todavía no podemos contestarle eso, señora —dijo Morton y abrió sus radiantes ojos celestes. Los ojos de un hombre que, aun con sus obligaciones de montar guardia en su turno, había dormido bien.

Y ese hombre le había dicho «señora», sí, a ella no se le escapó ese detalle. Pero, a decir verdad, a Adeline tampoco le importaba ya si los agentes preferían tratarla de señora, de viuda, de fantasma o incluso de bruja vieja. Solo quería que se fueran y recuperar su vida anterior. Quizá aquella vida no fuera gran cosa, pero al menos nadie la molestaba. El viejo Stephen, que mientras estuvo vivo la había dejado en paz, se volvió una molestia desde que lo encontraron en forma de cadáver.

Esa casa, se dijo Adeline, estaba llena de fantasmas.

Tom y Nadine salieron de la casa de Sergio Ginza, que los despidió saludando con la mano alzada, como si acabara de finalizar una reunión entre viejos amigos que prometen verse de nuevo.

Los detectives correspondieron el saludo sin muchas granas. Después se

metieron en la patrulla. Tom pidió manejar y Nadine se lo concedió.

—Quiero hacer algo, moverme —dijo él—. Aunque tan solo sea apretar el pedal y mover el volante.

—Entiendo. Te sientes ansioso. Y para colmo tuviste que pasar un buen rato sentado.

—Sí, pero estamos acostumbrados a eso. —Tom terminó de colocarse el cinturón de seguridad y arrancó el vehículo—. Lo que me fastidia es... La impotencia. Siento que toda esta conversación no nos ha llevado a ninguna parte, más allá de lo que podamos opinar de Ginza, que se basa más en corazonadas que en algo sólido.

—Tú siempre defendiste esas corazonadas, el valor de la intuición.

—Sí, pero para apoyar las evidencias y el razonamiento. En este caso, «no tenemos otra cosa» que corazonadas. Y eso ya no me resulta tan divertido.

Nadine sonrió, casi maternalmente, y le dio una palmada en el hombro a su compañero.

—Tranquilo, guerrero de la ley. Me extraña que digas esas cosas, ya surgirá una punta de ovillo de la que tirar, y desenredaremos este asunto.

Tom miró a Nadine y no dijo nada. Después, a la espera en un semáforo y tras una pausa que aprovechó para masticar un imaginario bocado de frustraciones, habló:

—Y tú, Nadine, dime, ¿averiguaste algo interesante durante tu supuesta excursión al baño? Imagino que no, o me lo hubieras dicho apenas subimos al auto.

—Imaginas bien, nada del otro mundo.

—¿Pudiste revisar las habitaciones?

—Sí, incluso metí mis garras en los cajones de sus dos mesas de noche. Salvo un aparente ticket para entrar a un lugar, no hallé nada.

—¿De qué lugar se trataba?

—El ticket no lo dejaba muy claro, pero memoricé lo que allí decía. «Festival el Bardo Nocturno». El evento está pactado para el jueves 21 de octubre a las 20:30 horas.

Tom hizo unos cálculos mentales y dijo:

—O sea, dentro de solo dos días.

Nadine asintió. Después dijo a su compañero:

—«El Bardo Nocturno». ¿Qué diablos crees que esa expresión pueda significar? Supongo que deberemos recurrir a Google.

Tom volvió a pensarlo un poco, hasta que una idea iluminó las penumbras de su mente como una lámpara que se prende en un galpón abandonado.

—¡Un bardo! Cómo es que no lo entendí de entrada... «Bardo» es una palabra utilizada para referirse a un poeta de importancia particular, por lo general representativo de una comunidad o un país. Por ejemplo, Shakespeare es el bardo de Inglaterra, Whitman el de Estados Unidos, y así... Si mal no recuerdo, el término tiene su origen en los poetas griegos, que se dedicaban a la épica. Homero, antes que todos.

—¡Suerte que eres aficionado a los libros, Tom! Al final, y contra todo pronóstico, ese ticket sí nos informa de algo interesante, teniendo en cuenta las aficiones literarias de nuestro asesino...

Tom frenó en otro semáforo y volteó hacia Nadine para hablar. El entusiasmo se le había metido en el cuerpo.

—Quizá sea la punta del ovillo. Esas frases con pretensión poética que encontramos cerca de los cadáveres y esta afición literaria de la que Ginza, tan comunicativo ante nosotros, nunca habló... Seguro que ese ticket es la entrada a algún recital de poesía, club de lectura nocturno, taller literario o vaya uno a saber qué, pero sin duda un evento relacionado con esa temática.

—De todos modos, debemos ser prudentes. —Ahora era Nadine la que bajaba el tono, aunque lejos de infundir desesperanza—. Disfrutar de la literatura igual que, suponemos, lo hace el supuesto asesino está lejos de convertirlo en culpable, y mucho menos de probar algo ante un juez.

—Ya lo sé, Nadine. Pero el jueves seguiremos a Ginza hacia ese evento. Y veremos qué sucede. Por supuesto que, si resulta ser el culpable, no se pondrá a matar a nadie ahí; sin embargo, nunca se sabe qué pista nos puede dar.

—Al menos, tendremos algo para hacer, un lugar por donde seguir.

—Una punta de ovillo.

Tom y Nadine chocaron los cinco. El semáforo dio luz verde y Tom aceleró.

Capítulo 20

—Quiero salir de aquí ahora mismo —gritaba la viuda de Fairfax a los jóvenes oficiales, que la miraban con una mezcla de fastidio y resignación—. ¿Acaso estoy presa en mi propia casa? ¿Qué crimen he cometido? ¡No deberían estar buscando al asesino y meterlo preso a él en lugar de a mí!

—Señora —dijo el pobre Morton, sin saber que al repetir esa palabra solo conseguiría aumentar el disgusto de Adeline—, créame que los dos mejores detectives de Boston están intentando...

—Le creo todo lo que usted quiera, pero déjeme salir. Esto va en contra de la propia Constitución de los Estados Unidos. Yo creí que esta era la tierra de la libertad, en la que uno podía circular libremente. ¿Nos convertimos en comunistas, acaso?

Harris no pudo evitar tocarse la frente. Se dijo que la mujer había empezado a desvariar, y no se calmaría hasta que le diesen el gusto y la sacaran de paseo.

—Yo puedo acompañarla, Morton o alguno de los muchachos —le dijo a su compañero. Morton lo miró con una expresión que ahora sí lucía cien por ciento resignada. Harris se dirigió a Adeline—. ¿A dónde desea ir, señora?

Adeline, encendida de furia, iba a aclararle que ella no era su señora (aunque ya hubiese querido ese alcornoque tener al lado una mujer como ella) y, por ende, él no tenía ningún derecho a usar ese apelativo. Sin embargo, el hecho de que el oficial Harris accediera a sus demandas la tranquilizó.

—A la clínica de estética —dijo Adeline en un tono más calmo—. Como podrán ustedes ver, estoy hecha un desastre. Ustedes hagan lo que deban hacer, yo voy a cambiarme para salir.

Mientras la viuda subía de nuevo las escaleras, Harris y Morton intercambiaban una mirada cómplice. Aunque en los ojos de Morton brillaba un matiz de reproche.

—¿Qué cuernos querías que hiciese? —preguntó Harris—. Estaba enloquecida como una loba en celo. Iremos hasta esa maldita clínica, esperaré que haga lo que sea que hagan allí adentro y después regresaremos aquí.

Morton agachó la cabeza.

—Al fin y al cabo, ella tiene razón: no podemos tener cautiva en su propia casa a una mujer que, hasta donde sabemos, no ha cometido delito alguno.

Cuando Nadine y Tom regresaron a la comisaría, y apenas traspasaron la puerta, se encontraron con que Jason Winthrop los estaba esperando en la entrada.

—Qué raro que tú te tomes la molestia de acercarte en persona hasta aquí —le dijo Nadine después de que Tom y ella saludaran al forense.

—Mis muchachos de informática consiguieron burlar la seguridad de la computadora de Francis Fairfax, no hay clave que pueda detenerlos —dijo Jason—. Lo tengo todo en esta pequeña cosa. —Levantó la mano y mostró la memoria USB que sostenía entre el pulgar y el índice—. Hemos hallado algunos mensajes bastante curiosos, igual de curiosos que ciertos registros muy ilustrativos sobre los hábitos del fallecido Fairfax junior. No me resisto a la tentación de verlos junto con ustedes.

—Vamos a la oficina —dijo Tom.

Al final, fueron los propios Morton y Harris quienes decidieron acompañar a Adeline. Al fin y al cabo, los otros tres agentes se estaban encargando de la vigilancia exterior de la casa, y no tenía sentido intercambiar roles con ellos. Además, Morton y Harris —como bromeaban entre ellos— ya habían iniciado una «hermosa amistad» con la viuda a causa de su diálogo en la cocina.

Sin embargo, esa «amistad» no se hallaba exenta de conflictos, por no decir directamente que implicaba un conflicto tras otro.

La idea de los agentes había sido trasladar a Adeline a la clínica de estética en la patrulla, pero la viuda se negó en redondo a esa alternativa. No le hacía ninguna gracia que la gente, y mucho menos sus agraciadas y millonarias amigas —todas ellas eran millonarias en tanto disponían de los millones de sus maridos—, la vieran circulando en un coche policial, como si fuese una vulgar delincuente.

«Vulgar delincuente»: esas habían sido sus exactas palabras, y apenas terminó de escucharlas, Morton se dio cuenta de que a Adeline le molestaba mucho más la parte de la vulgaridad que la de la delincuencia. Probablemente hubiese tolerado o hasta disfrutado ser considerada una delincuente de lujo,

pero nunca una vulgar asesina o ladrona, o contadora o abogada, o una vulgar lo que fuera.

Ahora Harris manejaba la patrulla, pero solo. Estaba siguiendo a un taxi que Morton había llamado para transportar a Adeline, como si la viuda fuese una joya carísima semejante a las que ella misma solía lucir en sus dedos o colgadas de su cuello.

—Supongo que no entrará conmigo a la sala de depilación, ¿verdad? —dijo Adeline a Morton.

Ella estaba echada en el asiento de atrás del taxi como si se tratara de una silla reclinable de playa. Había conseguido ocultar la palidez demacrada de su piel con capas de maquillaje, que le daban un aspecto bronceado —aunque cualquiera con buen ojo, al acercarse, hubiese advertido el engaño—.

Morton viajaba en el asiento del copiloto. Apenas Adeline le hubo formulado esa irónica pregunta, él no pudo evitar mirar al taxista con el rabillo del ojo, pero el hombre —un cuarentón canoso y con una prominente barriga— no dio muestras de reírse o de estar conteniendo las ganas de reírse. Puede que estuviese pensando en sus asuntos o lo reprimiera el hecho de que Morton, por más joven que fuera y por mínimo que fuese su rango, perteneciera a la brigada de Boston. Morton nunca lo sabría, pero sí sabía que —se estuviese o no riendo aquel hombre por dentro— ahora mismo él se sentía muy avergonzado.

Y desde ya que no tenía caso reprender a la viuda por su falta de respeto y de gratitud —por protegerla y por estar en ese momento satisfaciendo su estúpido capricho—. Lo que menos deseaba Morton era iniciar una discusión dentro del taxi, eso sí hubiese sido una humillación absoluta para él y para la institución que representaba. Temblaba de solo imaginar la expresión del jefe Nashville al enterarse de que un subordinado suyo había dado un espectáculo de esas características.

Por lo que Morton se limitó a aclarar a la viuda que no, que no se metería con ella en la sala de depilación.

A través del espejo retrovisor, el agente vio los ojos de Adeline clavarse en los suyos.

—Bueno, ahora que lo pienso. —Ella alzó las cejas y suavizó su mirada: su gesto era insinuante—, quizá no hubiese sido tan malo si me acompañaba, agente Morton.

Adeline remató la faena con una sonrisa y Morton no dijo —no pudo decir

— palabra alguna. A pesar de que ella había dejado hacía tiempo de ser una quinceañera, a pesar de las capas de maquillaje exageradas y del mal sueño y los nervios de los últimos días, seguía siendo una mujer hermosa. Una de esas mujeres exclusivas para los hombres como Fairfax, y que los asalariados como Morton solo ven en las revistas y en la televisión.

El policía volvió a mirar al taxista: el tipo parecía seguir abstraído, metido en lo suyo.

El viaje había durado ya más de un cuarto de hora. Al fin, Adeline dijo:

—Estamos a dos cuadras, agente Morton. No se ponga inquieto.

Jason ya había conectado la memoria USB a la laptop de la oficina de Tom y Nadine. Era Nadine quien estaba sentada frente a esta, los dos hombres permanecían de pie, aunque sin apartar tampoco los ojos de la pantalla.

Jason había ordenado los mensajes de correo electrónico según el remitente, y les comentaba sus descubrimientos a los detectives:

—La mayoría son de índole laboral, como era de imaginarse y como ustedes pueden comprobar ahora. —Nadine revisaba los archivos según las indicaciones gestuales de Jason, que le señalaba con el dedo dónde hacer clic—. Los mensajes personales son dirigidos a algún que otro destinatario según especiales circunstancias. Sin embargo, hay una larga serie de mensajes que se extiende a través del tiempo y dura casi tres años. Todos esos mensajes están dirigidos a un tal Richard, y su correo electrónico es Richie123@gmail.com.

—No suena a correo profesional —dijo Tom.

—Eso sucede porque no es un correo profesional —asintió Jason—. Abre algún mensaje al azar, Nadine. De cualquier fecha, aunque yo te recomendaría los posteriores a septiembre del 2016. A partir de ese momento, el asunto parece ponerse más candente.

—¿Candente? —preguntó Nadine, aunque se trataba de una pregunta que se hacía a sí misma en voz alta.

Cuando abrió uno de los mensajes, entendió a qué se refería Jason.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Tom.

Jason le puso una mano en el hombro.

—¿Ha visto, detective Harrison? No todo es lo que parece.

—Y pensar —dijo Nadine— que las revistas del corazón siempre se lo vendieron al público como un macho conquistador.

—Un macho conquistador —dijo Tom acercándose a la pantalla y señalando una frase con el dedo— que escribe cosas como «No soporto más las ganas de verte, Richie, quiero sentirte junto a mí».

—Y esa es una de las más moderadas —dijo Jason. Hizo una pausa y después agregó—: No sé en qué medida podrá servirles el conocimiento de que Francis Fairfax era homosexual, pero quizá puedan intentar dar con el tal Richard. Quien sabe, quizá haya algo pasional detrás de todo esto. Quizá esta relación y la sexualidad oculta de Francis hayan tenido relación con el distanciamiento entre padre e hijo, y este amante se sintió maltratado y está tomando revancha. Es un poco rebuscado, pero es algo.

—Esto nos sirve muchísimo, Jason —dijo Nadine—. Aunque no por los motivos que tú crees.

Jason le lanzó una mirada inquisitiva a ella, pero quien respondió fue Tom:

—Esto no dice nada en contra de Francis ni, a priori, incrimina a ningún amante. Pero sí nos prueba que Sergio Ginza nos ha mentido hace poco más de una hora, cuando estuvimos interrogándolo en su casa.

—¿En qué les mintió?

Nadine tomó la palabra:

—Nos dijo que Francis había tenido una relación con Adeline a espaldas de su padre. Sin embargo, ahora vemos que eso no es verdad.

—¿Y si era bisexual? —preguntó Jason—. Es común en los hombres y mujeres de fortuna, que por lo general tienen acceso a la cama de cualquiera y se la pasan, digamos, probando cosas nuevas.

—Es posible, Jason —respondió Tom—, pero improbable. Un hombre que se expresa de esta manera —continuó mientras Nadine seguía pasando los mensajes en la laptop— está evidentemente atraído por su propio sexo. Hay incluso rasgos muy femeninos en el discurso escrito de Francis.

—Aunque lo disimulaba bien en sus gestos —dijo Nadine—. Al menos, así fue cuando estuvo con nosotros.

Tom mostró cierta vergüenza en su expresión.

—Sí, debo admitir que no me di cuenta; me engañó por completo.

—No te atormentes por eso —dijo Jason—. El hombre llevaba años de práctica en el oficio de esconder su verdadera vida.

Adeline entró sola a la clínica de estética, Harris y Morton se quedaron en

la puerta, montando guardia.

La recibieron las empleadas de siempre, y la esteticista de siempre la hizo pasar a la sala de siempre. Los policías le habían advertido que si notaba cualquier cambio respecto a la rutina del lugar —por mínimo que fuera—, saliese de inmediato de allí y les diera aviso.

Adeline acababa de lavarse la cara y esperaba desnuda, acostada sobre una camilla. Se haría un tratamiento completo para la piel, tanto la del rostro como la del cuerpo. Una variedad de cremas la librarían de la palidez y el aspecto «gastado» que ella lucía ahora mismo.

Cerró los ojos. Intentó relajarse: la esteticista solía decirle que la relajación mejoraba la eficacia del tratamiento, y en general era buena para retrasar los efectos de la vejez.

En ese momento, olió un aroma extraño. Una mezcla de menta con algo más, una especie de hedor agrio al que la menta ocultaba a medias.

Nunca había sentido ese olor. Y recordó lo que le habían dicho Morton y Harris sobre cualquier cambio en la rutina. Quiso levantarse, pero no pudo: sus miembros estaban atenazados a la camilla. Vaya que se había relajado, pero no se trataba simplemente de eso, el cuerpo le pesaba una tonelada y experimentaba cosquillas en todas partes, como le pasó alguna vez en el jacuzzi cuando le bajó la presión.

Quiso hablar y quiso gritar. Pero tampoco pudo.

Ya no sentía que estaba en una bañera, sino en lo más profundo del océano. Apenas le llegaban los ruidos de afuera, y si lograba abrir los párpados, lo veía todo opaco, como a través de un vidrio empañado y una ruta nebulosa.

Adeline experimentó el auténtico horror cuando la negra silueta apareció ante ella. No la había visto ni oído entrar, pero era —sin ninguna duda— el oscuro fantasma de su sueño.

Quiso pedirle piedad, quiso ofrecerle dinero.

Era inútil intentar hablar, incluso intentar moverse.

La silueta acercaba una mano hacia ella. Los párpados de Adeline cayeron como persianas de plomo y ahora todo se volvió negro.

A pesar de que cada músculo de su cuerpo estaba embotado, casi insensible, consiguió percibir el tacto en su frente. Reconoció la consistencia y el frío de esa sustancia. ¿Acaso era, en verdad, una de las cremas refrescantes que utilizaban en esa clínica? Adeline no podía respirar y se le agolpaba el corazón en la garganta, pero una esperanza mínima acudió a su espíritu: quizá

ella estaba teniendo algún problema de salud, a causa del estrés, y nada más. El resto era paranoia. Esa silueta no era la de su sueño, sino la de su esteticista. Ella se daría cuenta de que algo andaba mal con su clienta y la terminarían llevando a un hospital.

Sin embargo, la esperanza se fue diluyendo. La supuesta crema que le habían aplicado ya no se sentía igual que siempre. El frío dejaba paso al calor, un calor cada vez más intenso, mucho más potente que el de las cremas usadas para reseca la epidermis, que Adeline también conocía muy bien. No, eso era otra cosa.

Se acordó de Francis, incinerado en su cama solar. Y, por alguna razón, se acordó de todos los amantes con quienes ella había compartido cama, o incluso lugares más creativos, mientras pretendía ser la señora de Fairfax.

¿Era una risa ese ruido deforme que ella creía oír? Sonaba distante, como un eco de otro mundo. La escena completa —a la que los ojos cerrados de Adeline no podían darle forma— parecía una locura, una fantasía, una irrealdad, algo que le estaba sucediendo a otro.

Pero, por desgracia, le estaba sucediendo a ella.

Era ella quien ahora sentía que no era crema, sino lava aquello con que la habían cubierto. Deseaba gritar hasta romperse los pulmones, pero no tenía aire. Una sustancia viscosa le caía sobre los párpados cerrados y ella advertía que no se trataba de la supuesta crema, sino de su propia carne derritiéndose igual que la manteca al sol, aunque a una velocidad inaudita.

La agonía fue lenta. Adeline comprobó que era cierto aquello que se suele decir, eso de que antes de morir una ve toda su vida pasar ante sus ojos como una especie de videoclip. Aunque, más que un videoclip, a ella su vida se le antojó una broma, un chiste de mal gusto. Se dio cuenta de que nada había valido la pena, de que se había afanado por estupideces. Y, en medio de la agonía, entendió que la lucha se terminaba: una gota de alivio en medio de ese incendio doloroso.

Por fortuna, las imágenes se esfumaron, igual que el insoportable tacto de las llamas en su piel. Y así, todo dolor quedó atrás.

Capítulo 21

—El asesino debió de haber entrado por allí —dijo Jason Winthrop señalando una pequeña ventana en el cuarto de tratamiento epidérmico (así lo llamaban en la clínica de estética). La ventana estaba en la pared opuesta a la de la puerta de entrada al cuarto y daba hacia afuera.

Tom y Nadine escuchaban atentos. Frente a ellos, además de Jason, estaba el cadáver de Adeline, la viuda de Stephen Fairfax. La cara de la mujer estaba calcinada a tal punto que resultaba difícil calificarla de cara: ya no había allí ni nariz, ni ojos ni boca. Se asemejaba a la devastada llanura que queda tras una explosión nuclear.

Junto con el forense y los dos detectives estaba la directora de la clínica.

—¿Adeline entró sola a este cuarto? —le preguntó Nadine.

La mujer, visiblemente consternada, negó con la cabeza.

—Nuestras clientas entran acompañadas de una asistente, o de la propia profesional que realizará el trabajo. Todo depende de la disponibilidad. Generalmente, las clientas deben esperar unos minutos en la camilla antes de ser atendidas.

—Es evidente que durante ese intervalo —dijo Tom— el asesino se coló por la ventana.

—Es que jamás hubiéramos imaginado... —La mujer se tapó el rostro con las manos y se puso a llorar. Hablaba entre espasmos, apenas se le entendía—. Nosotros no estamos preparados para estas cosas...

Nadine se le acercó y le apoyó una mano en el hombro.

—No se preocupe, nadie está acusándola de nada. Esto no es el Pentágono, ustedes no están obligados a brindar una máxima seguridad.

Tom pensó en los pobres Harris y Morton. El jefe Nashville los había mandado a llamar apenas se enteró de lo sucedido: en ese momento, un infierno de reproches debía de estar desatándose sobre los dos. Habían cometido un grosero error, a una posible víctima de un asesino serial no se la debe dejar sola ni un segundo. Y no se debe confiar en nadie. Ellos debieron proteger a Adeline, no el personal de un simple salón de belleza.

En una de las paredes laterales, y utilizando una de las tantas cremas que

había dispuestas en una mesa, el asesino escribió:

LA ESPOSA INFIEL PERDIÓ LA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

Tom y Nadine ya estaban en la patrulla. Nadine ocupó el asiento del conductor. Sin embargo, ella no puso el vehículo en marcha, ni Tom se lo pidió. Sin decirlo, entendieron que ambos necesitaban un segundo para tomar aire, para detenerse y pensar.

Suspiraron, casi al unísono. Nadine dejó caer las manos sobre el volante.

—La cagamos —dijo la detective—. Aunque Harris y Morton sean los culpables directos, la responsabilidad del operativo es nuestra.

Tom asintió en silencio, con la cabeza gacha. El coche se había convertido en una sala de velatorios.

—Sabes que hay solo una cosa que nos puede redimir —dijo Tom.

—Sí, atrapar a ese bastardo o bastarda.

—Hoy es el festival literario de Sergio Ginza.

—Sí, lo seguiremos.

—Creo que será mejor aplicar un cambio de planes.

Nadine miró a su compañero con expresión sorprendida.

—¿Ya no quieres que lo sigamos? ¿Te estás dando por vencido?

—No, para nada. Quiero seguir yo solo a Ginza.

—¿Y yo qué haré? ¿Preparar café?

—No, tú irás a la casa y la revisarás de arriba abajo y de izquierda a derecha. Tratarás de obtener cualquier cosa que pueda sernos útil.

Nadine apretó el volante y miró hacia el frente. Aunque, en realidad, no veía nada, salvo las imágenes que representaban sus pensamientos.

—Sabes tan bien como yo que ese procedimiento es ilegal. Podría traernos serios problemas.

—No pasará nada. Solo debes mantenerte atenta a tu móvil, yo te avisaré con anticipación cuando el evento de Ginza haya terminado y él esté por regresar. Supongo que tendrás tiempo de sobra.

Nadine hizo silencio: las ideas se peleaban en su mente.

—No sé, Tom. No está bien.

—Claro que no. Pero peor me resulta la idea de que estos crímenes queden impunes. A veces hay que saltarse las normas. Si nuestras sospechas sobre

Ginza resultan ser infundadas, él ni sabrá que lo estuvimos siguiendo. No le arruinaremos la vida ni nada por el estilo.

—Lo que es seguro —afirmó Nadine y suspiró— es que el asesino es alguien que conoce muy bien a la familia y sus hábitos.

—Conocía incluso el modo de trabajar del salón de belleza, o clínica de estética o como le llamen ahora. Sabía que contaría con esa ventana de tiempo en que Adeline estaría sola, y con la ventana de la pared...

—Debe de haberla seguido. Aprovechó el fatal desliz de Morton, Harris y los otros agentes.

—Por ende, se trata de un sujeto muy meticulado. —Tom miró a Nadine directo a los ojos—. Quizá el tipo de sujeto que tiene su casa perfectamente ordenada los trescientos sesenta y cinco días del año, las veinticuatro horas.

Nadine asintió en silencio. Después dijo:

—Está bien, Tom. Lo haremos a tu manera.

Capítulo 22

Tom y Nadine esperaban, agazapados bajo la anónima semioscuridad. Estaban dentro de un auto que no era el que utilizaban regularmente, sino el de un amigo de Nadine. Ella se lo había pedido prestado. Por supuesto, un coche policial no era lo más discreto a la hora de perseguir a alguien, ni el mejor vehículo para irrumpir ilegalmente en el domicilio de un sospechoso.

Al fin vieron a Sergio Ginza salir de su casa. Desde la distancia donde habían aparcado, él era un punto deslizándose en la penumbra.

—Va caminando —dijo Tom—. Deberé perseguirlo yendo a pie yo también. Si usa el transporte público, tomaré el mismo taxi o bus que él.

—Mantente a distancia —dijo Nadine.

Tom ya estaba colocándose el bigote, los lentes negros y una barba postiza.

—No me reconocerá así —dijo.

—No puedo asegurar que no te reconozca. —Nadine sonrió—. De lo único que estoy segura es de que te ves ridículo.

—Gracias, estimada compañera. Ahora ve a cometer las actividades ilícitas que te corresponden.

—No me hagas acordar que acepté hacer esto...

Los dos bajaron del auto. Tom, ahora con barba, lentes y bigotes, fue caminando detrás de Sergio, a una considerable distancia que solo acortaría si resultaba estrictamente necesario. Nadine, por su parte, caminó en dirección a la casa que acababa de quedar vacía.

Nadine no encontró forma de entrar a la casa sin dejar rastros, así que debió forzar la puerta. Se sintió más culpable que nunca de, en su condición de policía, estar cometiendo un acto típico de un delincuente. Rogó que, al final, valiese la pena.

Se iluminó con su pequeña linterna. Por las dudas, se movía con sigilo. Pero pronto comprobó que, como era de esperarse, no había nadie en la casa.

Aguardó un par de minutos antes de prender la luz —aunque Tom le avisaría si Ginza regresaba de pronto, por ejemplo, si descubría que se había olvidado

de algo—. Una vez la prendió, fue directamente a las habitaciones: sospechaba que allí podría hallar algo interesante, si es que lo había.

Se acordó del bloc de notas recién comprado que había visto en el cajón, el mismo en el que encontró el ticket la otra noche.

Entró a la pulcra habitación. El bloc ya no estaba allí. Eso quería decir que Ginza ya lo había abierto y escrito en él —¿para qué otra cosa lo usaría?—. Nadine se propuso encontrar esos escritos.

Fue a la habitación de enfrente, la que no había alcanzado a revisar.

Descubrió que esa habitación estaba ocupada casi en su totalidad por tres bibliotecas. Una mirada rápida le reveló que, en su mayoría, los libros eran de poesía.

Uno de esos muebles era un híbrido entre biblioteca y escritorio de trabajo, por lo que incluía una cajonera con tres cajones.

En el primero halló lo que buscaba. No un bloc de notas, sino cinco. Abiertos y —como descubrió al pasar las hojas— escritos.

Nadine no sabía mucho de literatura, y se dijo que Tom hubiese sido el más indicado para juzgar esos textos. Pero incluso Nadine se daba cuenta de que Ginza quizá habría leído mucho, pero aprender... había aprendido más bien poco. Sus intentos de poesía eran de una cursilería atroz.

Se dedicó al pesado trabajo de leer —aunque a vuelo de pájaro— aquellas piezas melifluas y recargadas.

Algunas poesías hablaban, sugerentemente, de un hijo pródigo que había nacido «bañado en el vil metal que abre todas las puertas del mundo». Otra hablaba de un hombre poderoso que «al igual que Ozymandias y de todos los de su clase, caerá aplastado por el peso de su propio imperio, de su propia locura». Un tercero aludía a una «viuda negra que siempre buscó teñir su futuro de dorado». Hasta que, ya en el último de los blocs —el que Nadine había encontrado cerrado aquella vez—, dio con un poema que parecía concluir lo iniciado por los anteriores. El poema se llamaba La sagrada familia. Al lado del título se aclaraba: «Borrador de mi lectura definitiva».

Como Tom había sospechado, Ginza usó el transporte público. Él debió correr el riesgo de esconderse mientras su perseguido esperaba en la parada del bus, y aparecer «casualmente» cuando el vehículo llegaba. Por fortuna, había más gente: en la fila de los que entraban, cuatro personas separaban a

Ginza de Tom. Apenas entró al bus, el detective fue a sentarse al fondo; Ginza se había quedado más adelante.

El viaje transcurrió sin complicaciones. A través de sus lentes oscuros, Tom se mantenía atento al momento en que Ginza se bajara. De todos modos, él y Nadine habían conseguido la dirección del lugar, gracias a Google, así que resultaba previsible.

Habrían pasado unos quince minutos cuando Ginza descendió por la puerta de adelante, y Tom hizo lo propio usando la trasera.

Caminó detrás de Ginza con lentitud, dándole ventaja para recuperar la cautelosa distancia que había mantenido antes del viaje en bus.

Ginza se detuvo en un local con una puerta angosta y de aspecto clandestino. La puerta daba a una escalera y exhalaba un vaho rojizo. No hubiese resultado difícil tomarlo por un prostíbulo de mala muerte.

Tom se había preparado, desde el primer momento, para que el tipo que vigilaba la puerta —que resultó ser un sujeto delgado y de aspecto amable, muy diferente a los porteros de discoteca— le dijese que las entradas solo se vendían por anticipado, o le pusiera cualquier otra objeción a su ingreso.

Sin embargo, no fue así.

—¿No tiene entrada? Son diez dólares, señor.

Tom pagó y el hombre le deseó que disfrutara del recital de poesía.

Mientras bajaba las escaleras y la luz roja se intensificaba, Tom se decía que aquello estaba siendo demasiado fácil. Inquietantemente fácil.

Cuando terminó de bajar, se encontró en un rudimentario galpón en el que los espectadores estaban parados. Al fondo había una igual de rudimentaria tarima. Tom supuso que esa era la escenografía común de lo que en el mundo cultural se conocía como *underground*. Se sentó en una de las mesas del local.

El lugar era una penumbra manchada por los haces de luz rojos. Tom comprobó que Ginza no se hallaba cerca de él. Supuso que, en algún momento, recitaría sus propios poemas.

Un presentador subió a la tarima, hizo un par de chistes malos y, con toda la pompa, anunció el evento:

—Con ustedes, las voces poéticas que hoy anidan aquí, en este rincón oculto de la ciudad, pero que en el futuro desgarrarán los velos de nuestra hipócrita civilización, sanarán con la flora de su lenguaje esta urbe infernal en la que vivimos.

Los primeros «poetas» que subieron al escenario no eran menos cursis ni

petulantes que el presentador. Tom se dijo que esa prolongada exposición al azúcar podría enfermarlo de diabetes. También dudó del sentido de estar allí: se dijo que Ginza subiría al escenario, recitaría más poesía mala y se volvería a su casa. Puso las esperanzas en la misión de su compañera. Si Nadine no hallaba nada interesante donde vivía Ginza, este movimiento no habría tenido razón de ser, y ellos estarían más perdidos que nunca en la investigación.

Al fin Ginza subió al escenario.

—Hola, amigos y amigas —dijo—. Mi nombre es Sergio y soy un ser que ha nacido de la nada y para la nada. He respirado en vano hasta hoy, y en cada uno de mis contactos con seres humanos no he hecho más que confirmar que la vida carece de sentido, que es inútil persistir en un mundo tan falaz y miserable. He debido oficiar de sirviente de los ricos y he constatado en ellos la mayor miseria. Mi arte lo he ejecutado lejos de estos escenarios, como bien sabe el detective Harrison, que se ha tomado el trabajo de seguirme hasta aquí. Buen intento con el disfraz, pero ya debe saber que soy un hombre metódico, atento a cada detalle.

Tom tragó saliva y se sintió más ridículo que temeroso. Ginza seguía hablando con absoluta calma:

—Es bueno que el detective sea testigo de este acto, y quisiera que así se lo narrara a la prensa. Quisiera que el mundo supiese quiénes eran en realidad los Fairfax. Y no porque yo guardase un particular rencor hacia ellos, que en el fondo nunca fueron más que pobre gente, sino porque en los Fairfax se cifraba nuestro horror contemporáneo, el espanto de la vida moderna y capitalista.

Ginza metió la mano en el bolsillo, y por un instante Tom se lamentó por no haber considerado necesario llevar su revólver. Mientras en esto pensaba Tom, Ginza no sacó un arma de fuego, sino algo más pequeño, que brillaba en la rojiza semioscuridad. Tom se dio cuenta de que se trataba de una navaja y se levantó instintivamente de su mesa. Cuando sin dudarle Ginza se cortó el cuello, la sangre comenzó a caer sobre el escenario y los gritos de terror colmaron el lugar. Las luces rojas iluminaban el monstruoso charco en que la tarima se había convertido.

—Atrás, soy agente de Policía —dijo Tom. Igual necesitó dar unos empujones para llegar al escenario.

Confirmó lo evidente: Ginza estaba muerto. Por prestar atención a la navaja, Tom no había prestado atención a que él llevaba un papel en la otra mano.

Rompiendo el protocolo, el detective Harrison lo tomó, a pesar de no llevar guantes.

Era una poesía:

La sagrada familia

Al padre paranoico se lo devoraron las llamas de su propio terror

El hijo indisciplinado cayó demasiado cerca del sol

Y la esposa infiel perdió la carrera contra el tiempo

El sirviente se desangró de asco ante todo aquello

Capítulo 23

Al otro día, y apenas el jefe Nashville abandonó la oficina donde ellos trabajaban habitualmente, Tom y Nadine convinieron en que nunca habían sentido tan inmerecida una felicitación.

—Así como antes no merecíamos las críticas —dijo Nadine—, ahora siento que no merecemos los halagos.

—Tuvimos un poco de intuición, y mucha suerte.

—No evitamos ninguna muerte. Y, técnicamente, ni siquiera resolvimos el caso.

Tom asintió y bebió de su taza de café.

—Es cierto. Más bien fue como si el caso se hubiese resuelto ante nuestra atenta mirada.

Se quedaron un par de minutos en contemplativo silencio, como asimilando la resaca de todo lo sucedido y de la inesperada conclusión de anoche. En especial Tom, que lo había visto con sus propios ojos.

—Estoy pensado, Nadine, que hay acciones humanas reticentes a todo análisis. Quiero decir, hay casos que un detective no debe culparse por no resolver, o por resolver casi por azar.

—Hay casos que son como una poesía siniestra —dijo Nadine y sonrió.

Tom le devolvió la sonrisa y miró su móvil. Se puso de pie.

—Es casi hora de almorzar. ¿Quieres comer algo afuera? Necesito un poco de aire fresco.

—Sí, es buena idea. Pronto tendremos un nuevo caso en el que concentrarnos.

—La abeja laboriosa no tiene tiempo para la tristeza.

Mientras se levantaba de la silla, Nadine le dedicó a su compañero un irónico gesto de sorpresa.

—Vaya, temo que te hayas tomado muy a pecho este asunto y decidas abandonarme para dedicarte a la poesía.

Tom sonrió.

—No es mío, Nadine, es de William Blake. Si quieres te recito algo de él mientras caminamos.

Nadine asintió, riéndose, y juntos salieron de la oficina.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escíbeme directamente a raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en: www.raulgarbantes.com

Amazon

<https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Facebook

<https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter

<https://twitter.com/raulgarbantes>

Instagram

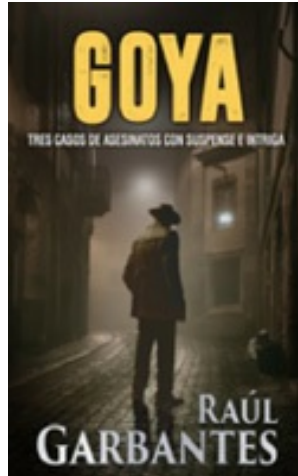
<https://www.instagram.com/raulgarbantes>

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Otras obras del autor

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga



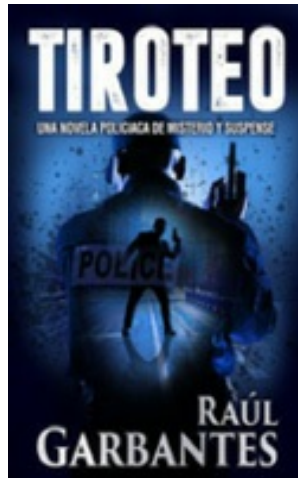
Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/b33T>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/MoxpG>

Tiroteo: Una novela policiaca de misterio y suspense



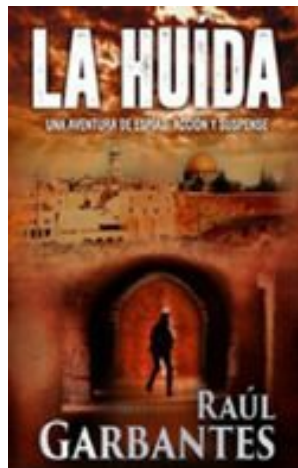
Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/liEy>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/D2wtTb>

La Huida: Una aventura de espías, acción y suspense



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/ixuywJ>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/PVJMLRh>

El Ausente: Una novela de misterio, suspense y crimen



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/qjkLio3>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/DvoYT>

Sombra Infernal: Un thriller de acción, misterio y suspense



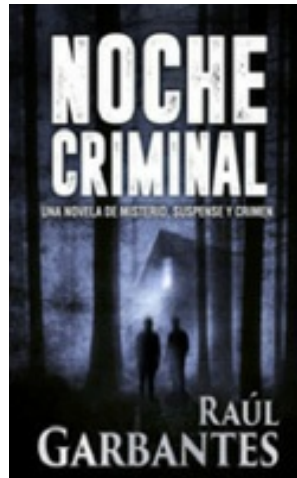
Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/QCxJnvM>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/BUyr2D>

**Noche Criminal: Una novela de misterio,
suspense y crimen**



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/oV33hOw>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/JyZP>

**Juegos Mortales: Una novela de suspenso,
crimen y misterio**



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/IOjnJmn>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/OI7yp17>

**Golpe de Muerte: Una novela de intriga,
misterio y asesinato**



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/caZXcV>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/axTbIl>

**Misión Riesgosa: Un thriller de acción y romance;
misterio y suspense**



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/eSkx1R>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/6z4UrF>

Miedo en los Ojos: Una novela policíaca de misterio, asesinos en serie y crímenes



Versión Kindle – Adquiérela AQUÍ

<http://geni.us/jkvw1x1>

Versión Tapa Blanda – Adquiérela AQUÍ

<http://geni.us/3uliP>

Suicidas del Aspa: Una novela policíaca de misterio y crímenes



Versión Kindle – Adquiérela AQUÍ

<http://geni.us/yeMGUqx>

Versión Tapa Blanda – Adquiérela AQUÍ

<http://geni.us/Q4ioZbF>

Laberinto de Sangre: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/e7k8a5>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/g3dT>

Paradero Desconocido: Un thriller psicológico de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/qaWF>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/isfkr>

**Atentado en Manhattan: Un thriller de acción,
misterio y suspense**



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/OuABxb>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/s310B>

El rapto de Daniel Evans: Una novela policíaca de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/OuABxb>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/ofGb>

El Palacio de la Inocencia: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/4yn0bvq>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/oHdkFoe>

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/eIxlRh>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/AGUV5>

Investigador Privado Nathan Jericho



Versión Kindle – AdquiereLA AQUÍ

<http://geni.us/T3Jdy>

Versión Tapa Blanda – AdquiereLA AQUÍ

<http://geni.us/2JKn7m>

La Caída de una Diva: Una novela negra de misterio y crimen

(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)



Versión Kindle – AdquiereLA AQUÍ

<http://geni.us/c6MCFA>

Versión Tapa Blanda – AdquiereLA AQUÍ

<http://geni.us/eEd8B>

**Fuego Cruzado: Una novela negra de romance,
misterio y crimen**
(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/r1PKVGO>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/dgVnS>

Asfixia: Una novela negra de asesinatos en serie
(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3)



Versión Kindle – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/XNfC2LO>

Versión Tapa Blanda – Adquiere la AQUÍ

<http://geni.us/Wfz4>